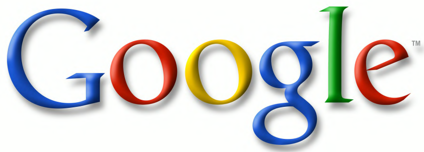
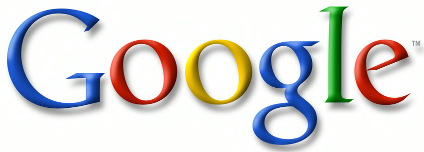





TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA



BÁRBARA

BLOMBERG,

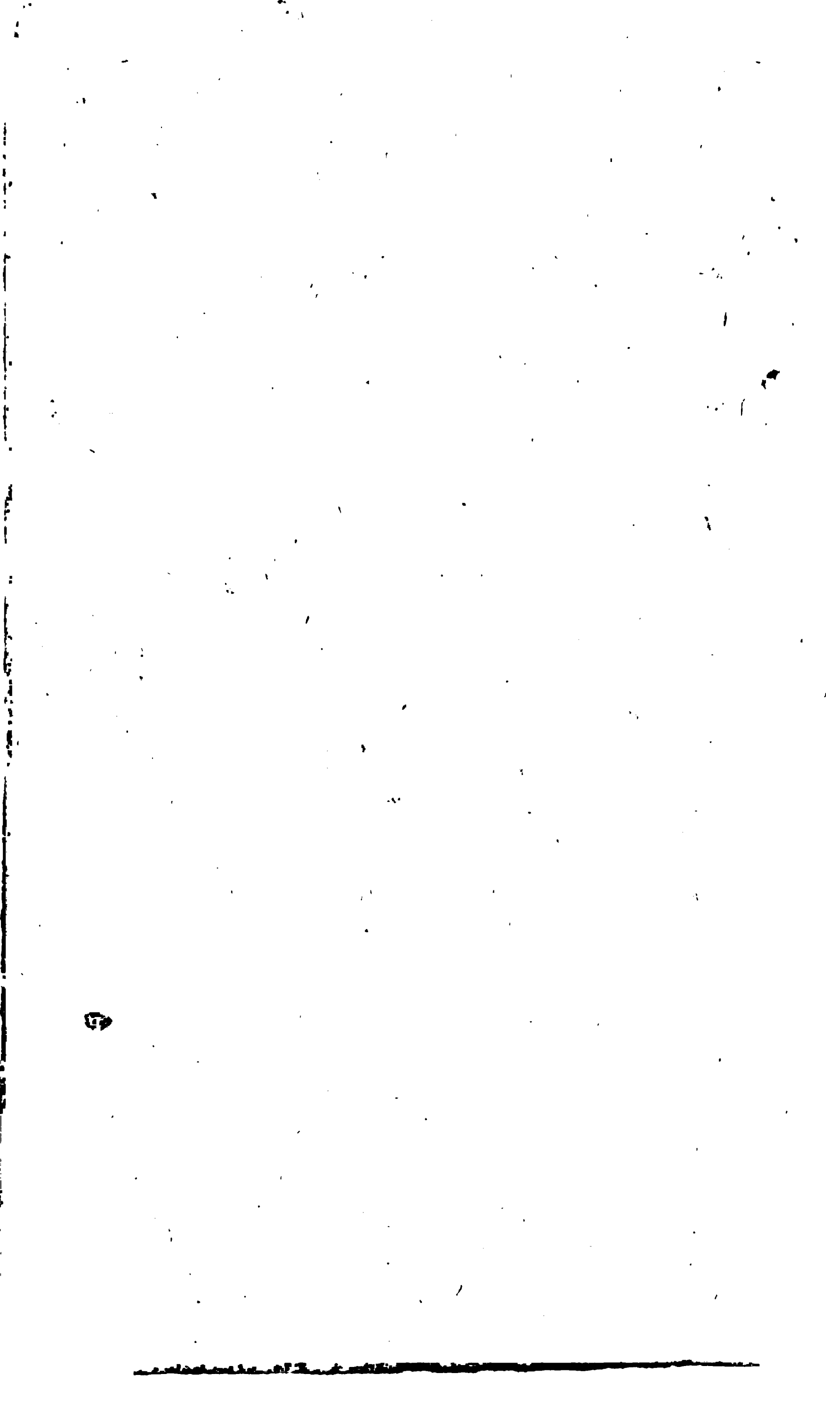
Drama en cuatro actos, en verso:

POR

D. Patricio de la Escosura.



Madrid: 1837.





BARBARA Blomberg,

Drama en cuatro actos, en verso:

por D. Patricio de la Escosura.



MADRID, 1837.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,
calle del Amor de Dios, número 1.

PERSONAS.

EL EMPERADOR DON CARLOS V.

D. LUIS QUIJADA, Señor de Villagarcía.

ROBERTO, caballero Aleman.

BLOMBERG, anciano.

FEDERICO, criado anciano.

LA DUQUESA DOÑA BLANCA.

BÁRBARA BLOMBERG.

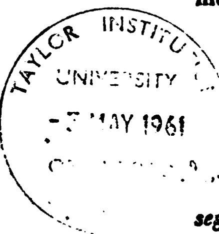
Un pastor protestante.

Dos conjurados que hablan.

Un portero.

Caballeros; conjurados; guardias; pueblo.

La escena en Ratisbona y sus inmediaciones á mediados del Siglo XVI.



ACTO PRIMERO

(DIVIDIDO EN DOS CUADROS.)

PRIMER CUADRO.

Salon régio. — Mesa con papeles. — Sillon.

ESCENA PRIMERA.

EL EMPERADOR, *sentado*; QUIJADA.

Emp. (*Leyendo.*) «El fuego de la heregía
se estiende con rapidez;
de Lutero la altivez
se acrecienta cada dia.»
Quij. ¿Eso escribe el de Maguncia?
¿De Cleves con sus parciales
no dice...?
Emp. Los desleales
que están en armas me anuncia.
Quij. Tal vez vuestra compasion
alienta al vil enemigo.
Emp. Solo difiero el castigo
para mejor ocasion.
Dejadme vos que yo acabe
de amansar bien al francés,
y no dejaré en un mes
quien de rebelde se alabe.
Con capa de religion
los Príncipes feudatarios
se han vuelto nuestros contrarios,
poniéndose en rebelion.
Si en el Duque de la Marca
han visto nuestra clemencia,
en Cleves la diferencia

*

verán del padre al Monarca.

Quij. Ese Duque, gran Señor,
podrá servirles de ejemplo
á los que, huyendo del templo,
adoran á Belfegór.

Emp. Tal vez le habrán destronado
los tercios que allá envié.

Quij. Siendo así, la santa fé
un gran triunfo habrá ganado.

Emp. En Francia, Quijada, está
la fuente de este veneno:
Francisco, y no el Sarraceno,
asolando á Hungría vá;
Francisco mina el Imperio,
armas dá á la rebelion;
es Francisco, en conclusion,
el que incendia este hemisferio.
Concédame á mí la Dieta,
á que en tres dias iré,
un subsidio; y por mi fé
que pondré la Europa quieta.
¿Vinieron nuevas de España?

Quij. Ya tal vez habrán venido.

Emp. Idlo á ver.

Quij. Sereis servido.
No haberlas es cosa estraña. *(Vase.)*

ESCENA II.

EL EMPERADOR.

Sí, tres dias nada mas,
y parto luego á la Dieta;
y tú, Alemania la inquieta,
tus crímenes pagarás.
Tú, mi Blanca, llorarás...
¡Qué! á mil pueblos mandaré
y á mí solo no podré...?
Entrambos mundos temblarme,
y una muger sujetarme:
bueno fuera por mi fé.

ESCENA III.

EL EMPERADOR. — QUIJADA, *con varios pliegos que pone en manos del Emperador, quien abre algunos, y le dá otros para que él los lea, lo que verifica.*

Emp. Nada nuevo. Todo en paz
en Castilla: glória á Dios.
¿Qué dicen esas, Quijada?
Quij. En las Córtes de Monzon
se ha jurado y proclamado
al Príncipe mi Señor.
Emp. ¿Acordaron los subsidios
que en mi nombre les pidió?
Quij. Cuanto pedísteis concede
la Corona de Aragon.
Emp. De lealtad fué modelo
siempre mi pueblo Español;
trocára por su corona
cuantas el Cielo me dió.
Seré dichoso, Quijada,
lo aseguro por mi honor,
si depuesta la diadema
tengo en España un rincon.
Quij. ¿Y qué fuera de la Europa,
si la abandonárais vos?
Emp. Francisco se la tragára,
y por eso no me voy.
Mas vendrá un dia, lo espero,
en que cese ese temor;
y entonces,... acaso sueño,
pero ensancho el corazon:
Entonces, sin otra Córte,
que algun pagecillo y vos,
sin cuidarme de otro asunto
que del Cielo y la oracion,
descargado de este peso
de que ya abrumado estoy,
esperaré en el retiro
que me llame á cuentas Dios.
Quij. La vida de un ermitaño

vuestra Magestad pintó.

Emp. Trocar la lanza, Quijada,
que á cien pueblos sometió
por un rosario; y dos mundos
por estrecha religion:
dejar de grado riquezas,
gloria, renombre, esplendor
y trono, cuando su ceño
nunca el hado me mostró.
Tal vez sería el primero
que lo hiciera sin dolor.

Quij. Aquel en cuyos dominios
no se pone nunca el sol...

Emp. Mira en la celda de un fraile
el término á su ambicion.
Veinte años hace que esclavo
en dorados grillos soy;
cuando en paz con los estraños
los propios en rebelion;
y cuando quietos mis pueblos
de agena guerra el horror.
¡Cuántos colmé de favores
que despues... Vos solo sois,
acaso, á quien puedo amigo
llamar y no adulador.

Quij. Curára vuestra pintura
la mas inmensa ambicion.

Emp. Sois muy honrado, Quijada:
del que ambicioso nació,
ni la esperiencia consigue
calmar el loco furor.
Ved si Bárbara ha venido.

Quij. Esperando está.

Emp. Pues vos
decidle que venga al punto.

Quij. (*Aparte.*) ¡Loco está con su pasion! (*Vase.*)

ESCENA IV.

EMPERADOR.

Hasta á su mejor amigo
engaña un Emperador.
Los que en los otros deslices,
en un Rey crímenes son. (*Bárbara seguida por un criado con un arpa que deja en la escena, retirándose inmediatamente.*)

ESCENA V.

EL EMPERADOR. BÁRBARA.

Emp. Muy triste, Bárbara, estais.
Bárb. Como siempre, mi Señor.
Emp. ¿Qué teneis? ¿qué ambicionais?
Hablad, no tengais temor:
concedo cuanto pidais.
Bárb. No tengo yo que pediros.
Contenta estoy con mi suerte.
Emp. ¿Y á qué son esos suspiros?
¿Esa palidez de muerte?
Bárb. (*Desentendiéndose.*)
Blanca me envia á deciros
que ha menester veros hoy.
Emp. Hoy no mas? Por verla á ella
yo siempre anhelando estoy.
¿Qué quiere mi Blanca bella?
Bárb. (*Sacando un billete.*) Un billete á daros voy
que tal vez explicará
lo que yo decir no sé.
Emp. (*Tomando el billete.*)
El papel me lo dirá. (*Lée.*)
Esta noche á verla iré
y todo se arreglará.
Bárbara, el arpa tomad
con que prodigios haceis.
Tomadla, os ruego, y cantad:
mis penas aliviareis.

Bárb. (*Tomando el arpa.*)
¿Qué quiere su Magestad?
Emp. (*Sentándose.*) Una cancion amorosa,
cualquiera, la del bajel
cantadme que es primorosa.
Bárb. Está bien. (*Aparte.*) Suerte cruel!
No me faltaba otra cosa. (*Bárbara se dispone á tocar.* —*Quijada entra.*)

ESCENA VI.

DICHOS, y LUIS QUIJADA.

Quij. Perdone su Magestad
si le vengo á interrumpir.
Son de Maguncia...
Emp. ¿Pues como
si ha un instante recibí?...
Quij. Hora ha llegado un correo.
Emp. Es fuerza oiros, en fin.
Vos, Bárbara, aquí esperadme,
y vos, Quijada, venid.

ESCENA VII.

BÁRBARA.

¡Un correo de Maguncia!
¿Qué nuevas pudo traer?
Sin poderlo comprender
algo funesto me anuncia.
Si el de Cleves no renuncia
á su loca pretension
es cierta la perdicion
de entrambos, ¡ah, Dios eterno!
un preludio del infierno
es mi triste condicion! (*Apóyase en el arpa, y quédase como absorta.*)

ESCENA VIII.

BÁRBARA. — ROBERTO.

(Este aparece en la puerta, introduciéndose furtivamente en la estancia, que examina con la vista para asegurarse de que Bárbara se halla sola.)

Rob. *(En la puerta.)*
Es ella...; ¡perjura!—No hay nadie con ella. *(Llégase á Bárbara y la ase del brazo.)*
Bárb. ¡Roberto! ¡Dios mio!
Rob. Salgamos de aquí.
Bárb. ¿Quién hasta palacio te trajo?
Rob. ¡Mi estrella.
Bárb. ¿Qué buscas?
Rob. Lo mio.
Bárb. ¿Qué quieres?
Rob. A tí.
Bárb. ¿No sabes que el César está en Ratisbona?
¿Ignoras que es esta...
Rob. Su estancia; lo sé.
Aquí sus hazañas, su gloria corona,
robando á un proscrito, malvada, su fé.
Bárb. ¿Roberto, qué dices? ¿yo serte traidora?
Rob. ¿Negarlo pretendes y viéndolo estoy!
Bárb. ¡Sí vienen.
Rob. ¡Qué importa! Tú sígueme ahora,
infiel, ó lo juro, de aquí no me voy.
Bárb. Véte: de tu hermana te ampara. Te sigo:
en breve á tu lado, mi bien estaré.
Rob. Bárbara, yo salgo ó muerto, ó contigo.
Bárb. Al César espero.
Rob. Tambien le veré.
Bárb. ¡Tú verle, insensato! ¡Tú verle, proscrito!
Roberto, al verdugo tu cuello darás.
Rob. Ya tú me vendiste.
Bárb. Que no, te repito.
Rob. Pues qué...
Bárb. Te lo juro.
Rob. ¿Qué pruebas me dás?

Bárb. Mil: las que tú quieras; mas hora imposible
será que te diga... primero es huir.
Tu vida, Roberto, en riesgo terrible
está: no descanso sin verte salir.

Rob. En vano me arguyes: ó muerto, ó contigo.
Lo sabes, es vano conmigo luchar.
Podrá aniquilarme destino enemigo,
mas nunca mi frente soberbia humillar.
(*Siéntase en el sillon del Emperador.*)
¿Me ves que tranquilo? Pues sé que esta silla
se puede en cadalso tal vez convertir...
(*Pone la mano de Bárbara sobre su corazon.*)
Mira: no palpita, y está la cuchilla
pendiente de un hilo. — ¿Me quieres seguir?

Bárb. ¡Ah, calla! te gozas en darme tormento.

Rob. Escucha primero, y escoge despues.
Mi riesgo en quedarme, lo miro y lo siento...

Bárb. Huye, desdichado, puesto que lo ves.

Rob. (*Desentendiéndose.*)
Cárlos ha vencido: rebeldes nos llama.
Venciendo, mi nombre se hiciera inmortal;
vencido me aguardan el hierro y la llama:
mas verte traidora será mayor mal.
Allá en los combates, tu nombre querido,
en sueños, despierto, contino decia:
y nunca, lo juro, temí de tu olvido:
tan pura tu llama juzgué cual la mia.
Y cuando en el campo miré á mil valientes
en vanos esfuerzos ¡ay Dios! perecer...

Bárb. ¡Oh Cielos, mi padre!

Rob. Ya tú lo presentiste.

Bárb. ¿Murió?...

Rob. Mas valiera: le he visto prender.

Bárb. ¿Y dónde se encuentra? ¿qué es de él? ¿qué
le hicieron?

Rob. Lo ignoro: mas debe vivir en prision.
Muy pocos conmigo salvarse pudieron.

Bárb. ¿Y quieres muriendo doblar mi afliccion!

Rob. Pues vente conmigo.

Bárb. Mi padre, Roberto!..

Rob. El Cielo conoce si lloro por él.

Bárb. Yo quiero salvarlo, si acaso no es muerto.

Rob. ¿Y cómo?
Bárb. Rogando; que el Rey no es cruel.
Perdon á mi padre dará generoso.
Rob. ¡Ingrata! y olvidas en tanto mi afan.
Bárb. Nos véte, y te juro por Dios poderoso, *(Ruido de pasos: el Emperador y Quijada aparecen en la puerta del foro.—Roberto se retira tranquilamente á un lado del proscenio.)*
mañana... ya es tarde; Roberto, aquí están.

ESCENA IX.

EL EMPERADOR, QUIJADA, BÁRBARA *y* ROBERTO.

Emp. *(A Quijada en la puerta.)*
Derrotado está el de Cleves,
Quijada, con sus parciales;
han de probar mi justicia,
pues burlaron mis piedades.
Las causas de los hereges
al Arzobispo se pasen;
las de los otros rebeldes
que hoy se vean, y hoy se fallen. *(El Emperador se adelanta, Quijada permanece en la puerta como esperando sus últimas órdenes.)*
(A Bárbara.) Preparar podeis el arpa
para cantar... ¡qué semblante!
(Reparando en Roberto.)
¿qué teneis?... ¿y vos quién sois,
que entrais donde no entra nadie?
Bárb. *(Aterrada.)* Señor...
Emp. A vos no pregunto.
(A Roberto.) Decid quién sois al instante.
Rob. Soy rebelde y luterano.
Emp. ¡Y aquí venís á insultarme!
Quij. *(Desde la puerta.)* ¡Ola! la guarda! venid.
Pesaréle del alarde.
Emp. *(A Quijada.)* ¿Por qué así llamar la guarda?
¿No basto yo á castigarle?
Quij. Mi obligacion, gran Señor...
(La guardia entra en la escena.)
Emp. Era callar. Ya llevadle.

Quij. (*A la guardia.*) Desarmad á ese rebelde
y en la torre se le guarde. (*La guardia rodea á Roberto que se deja desarmar impasible.*)

Bárb. (*Saliendo tras de los que se llevan á Roberto.*)
Señor, que es deudo de Blanca.

Emp. (*Cuando ya Bárbara se fué.*)
Su nombre basta salvarle. (*El Emperador echa á andar detras de la guardia que ya ha salido de la escena.*)

SEGUNDO CUADRO.

Oratorio de la Duquesa Doña Blanca. — Altar ó mesa con Crucifijo. — Reclinatorio.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA *de rodillas en el reclinatorio.*

En tí, Divino Señor,
que en esa cruz enclavado
como viste mi pecado
miras, tambien, mi dolor:
en tí espero, en tí confio;
si débil fuí, me arrepiento,
borre el error de un momento
el acerbo llanto mio.
Perdona á una desdichada
débil muger su delito,
pues ya el ánimo contrito
la ves á tus pies postrada. (*Breve pausa.*)
(*Levántase y se sienta.*)
Sí, Cárlos, la vez postrera
esta noche me verás:
en vano me rogarás:
encontraráme severa.
No seré pura, inocente,
como lo fuí hasta aquel dia,
en que por desdicha mia;
pero seré penitente.

ESCENA II.

BLANCA, BÁRBARA *desencajada.*

Bárb. Blanca, Blanca, ruega á Dios
por tu cuñado y mi padre.
Blan. ¡Vírgen pura de Dios madre!!!
Bárb. Hoy van á morir los dos.
Blan. ¿Qué dices, Bárbara mia?
¿Tu padre á morir? ¿Roberto...
Bárb. Puedes llorarlo por muerto...
Blan. ¡Mal haya mi suerte impía!
Bárb. Mal haya, amen, tu flaqueza,
tu ciego, tu torpe amor.
Blan. ¿Tú tambien de mi dolor
acrecientas la crudeza?
Bárb. ¿De dolor me hablas á mí!
¡A mí, que vivo penando!
¡A mí, por dama pasando
del César solo por tí!
Blanca, Blanca, me has perdido;
y á Roberto, y á mi bien,
tú le has perdido tambien;
por tí á la muerte ha venido.
Blan. (*Con despecho.*) Yo he sido quien le llevó
á ser rebelde con Cleves.
Bárb. (*Indignada.*) ¡Cómo! ¿á acusarle te atreves?
Blan. Tu saña me provocó.
Bárb. Pues bien; por tí solamente
á palacio, Blanca, voy:
si á Roberto hallarán hoy...
Blan. ¡Hay hombre mas imprudente!
Bárb. ¿Prudencia á un enamorado,
y zeloso pedir quieres?
Nuestros yerros de mugeres
á muerte le han condenado.
Blan. ¿Vive aún?
Bárb. Si no le han muerto
los zelos que le devoran.
Blan. Si la sentencia demoran,
yo respondo de Roberto.

¿El César qué respondió?
Bárb. Que esta noche se le aguarde.
Blan. Pues entonces...
Bárb. Será tarde;
porque él mismo le prendió.
Blan. ¡Pues tan presto...
Bárb. Vá á morir.
Blan. ¿Al menos no le oirán?
Bárb. Por demas le escucharán
si le dejaren decir.
El alma que allí se encierra,
tú, Blanca, no la conoces:
al César le dirá á voces
que quiere hacerle la guerra.
«*Soy rebelde y y luterano*,»
al preguntarle quién era
respondió...
Blan. De esa manera
no hay para él recurso humano.
Bárb. ¿Y así con estéril llanto
le abandonas á su suerte?
¿así al mísero á la muerte...
Blan. ¡Pues qué he de hacer, Cielo Santo?
Bárb. ¿Qué has de hacer? Ir y arrojarte
de tu Monarca á los piès;
y sin que segura estés
de allí no has de levantarte.
Decirle: te di mi honra,
con ella mi corazon,
pues hora dame un perdon,
en precio de mi deshonra.
Blan. Recuerda que soy casada;
y aunque está mi esposo ausente
no ha de faltar quien le cuente
una nueva desdichada.
Ir á Palacio de dia
es publicar mis amores;
darles peso á los rumores
que hay tal vez en contra mia.
Será imposible que venza
mi rubor de aquese modo:
pedírmelo puedes todo,

no que muera de vergüenza.

Bárb. (*Arrebatada.*) No te detuvo al ceder
á tu ciega impura llama:
¿hoy que una vida te clama
te puede así detener?

Blan. (*Traspasada de dolor.*)
Tú mi amiga y compañera;
tú tan querida de mí:
me tratas, Bárbara, así!
me ultrajas de esa manera!!!

Bárb. (*Arrepentida.*) Yo, Blanca, no sé qué digo,
por padre y amante temo;
tal vez severa en extremo
me pude mostrar contigo.
Olvida ya mi furor,
te lo ruego aquí á tus pies:
por tí propia, Blanca, vés
á cuanto arrastra el amor.

Blan. (*Abrazándola.*) Ven aquí, Bárbara mia,
ven aquí sobre mi seno:
en que Dios inmenso y bueno
ha de salvarnos confia.

Bárb. Amiga, al César implora
y salvarásle la vida.
¿Qué negará á su querida,
si á sus pies la vé que llora?

Blan. Esta noche.

Bárb. ¿Y si antes muere?

Blan. ¿Quieres que vaya á decir
mi flaqueza...

Bárb. ¿Y escribir
sin que nadie lo supiere?

Blan. (*Breve pausa.*) Escribe y yo firmaré,
por mas que hacerlo me cueste:
en un momento como este
por todo atropellaré.

Bárb. Aquí me espera un instante
en tanto que á escribir voy.

Blan. Temblando, Bárbara, estoy
por la suerte de tu amante.

ESCENA III.

BLANCA.

Desdichada la muger
que, llegándose á olvidar
de lo que juró guardar,
traspasáre su deber.
Humillada se ha de ver
por cuanto en torno tuviere,
por lo que ella mas quisiere,
como á mí me sucedió.
La que de sí se olvidó
vivir en paz nunca espere.

ESCENA IV.

BLANCA, ROBERTO.

Rob. Blanca, tus brazos me dá.
Blan. ¡Libre estás, hermano mio!
Rob. Cuando ya morir pensaba.
Milagro fué del destino.
Blan. Que ventura, mi Roberto:
gracias al Cielo benigno.
¿Mas qué tienes? ¿qué te aqueja?
Rob. No sé, Blanca. El hado esquivo
con tal saña me persigue...
Blan. Hoy te ha salvado propicio.
Rob. Hasta en eso hay confusiones...
Mandarme á mí el César mismo
de su palacio á una torre;
de hierros cargarme y grillos;
y apenas paso allí una hora
abiertas las puertas miro...
¿Qué es esto, Blanca? ¿qué es esto?
¿Quién ha obrado este prodigio?
Blan. (*Aparte.*) Si llegará á sospechar...
Rob. Respondes con un suspiro...
¿No te atreves á mirarme?
Pues ya el misterio adivino.

Blan. (*Aterrada.*) Roberto, ten compasion...
Rob. ¿Y quién de mí la ha tenido?
¿Esa, Bárbara, por quien
tal vez yo solo respiro?
Blan. (*Aparte.*) ¡Ah! no sospecha de mí.
Rob. Ella en tanto que el destino
me aleja á mí de la Patria,
me convierte en un bandido,
olvidando mis amores,
que tiene un padre proscrito;
padre, amante y honra ofrece
al tirano en sacrificio.
Blan. Deten la lengua, Roberto.
¿Dónde vás con tu delirio?
Nunca, Bárbara, en verdad,
mas que á tí solo ha querido.
Rob. Las voces de Ratisbona
no han llegado á tu retiro.
Blan. ¿Bastan las voces del pueblo
para probar un delito?
Yo te afirmo su inocencia.
Rob. Si con mis ojos la he visto
en palacio... ¿me dirás
que mis ojos me han mentido?
Blan. ¿Y no puede, dí, á palacio
llevarla honesto motivo?
Tú sabes cuán dulcemente
canta Bárbara: un prodigio
es con el arpa; y el César,
que no sé quien se lo dijo,
quiso oirla y la llamó.
¿Fuera cuerdo resistirlo?
En esto soy la culpada,
que ella negársele quiso.
Rob. Blanca ¿es cierto? ¿no me engañas?
Blan. De ello el Cielo me es testigo.
Rob. Te debo mas que la vida.
Blan. Injusto con ella has sido.

ESCENA V.

BLANCA, ROBERTO. — BÁRBARA *con un papel en la mano.*

Bárb. ¡Roberto! ¿no es ilusion?
Rob. No te engañas, prenda mia.
Blan. ¿Ves como bien presentia,
amiga, mi corazon?
Rob. Estás, Bárbara, llorosa,
desencajado el semblante.
Blan. Mil veces vió que á su amante
le daban muerte afrentosa.
Rob. Libre estoy: como no sé,
temer amada es en vano.
Blan. ¿Nada dices á mi hermano?
mas, solos os dejaré.
Bárb. ¿Por qué marcharte?
Blan. Un tercero
entre amantes no está bien.
Un dulce perdon preven,
amiga, á tu caballero (*Vase.*)

ESCENA VI.

BÁRBARA, ROBERTO.

Rob. ¿Qué es esto, Señora mia?
¿Tan silenciosa conmigo?
Si es el desden por castigo,
estais por demas impía.
Culpada acaso os creí
por engañosa apariencia:
de mi estrella la influencia
acusad; pero no á mí.
En sí el delito la pena,
Bárbara hermosa, llevó:
mas que vos padecí yó
imaginándoos agena.
Bárb. ¡Mas que yo, cruel Roberto,
mas que yo á quien vida y fama...

Rob. ¿Y de mis zelos la llama
no me hubiera tambien muerto?
¡Oh! deja ya los enojos,
muéstrame grato el semblante:
antes de partir tu amante
su gracia lea en tus ojos.

Bárb. ¡Partir! ¿y á dónde? ¿por qué?
¿Tanto tiempo aquí has estado?

Rob. El César me ha desterrado.
A dónde voy no lo sé.

Bárb. ¿A dónde?—A nuevos combates;
á peligros, á morir:
yo no podré resistir
de mi suerte á los embates.

Rob. ¿Por qué te afliges, mi bien?
tras de las horas de afan
serenos dias vendrán
y de ventura tambien.
Si cesa tu ceño adusto,
si es mio tu corazon...

Bárb. En dudar de mi pasion,
Roberto, ¿no eres injusto?

Rob. Pues en teniéndote á tí
y á mi buena y fiel espada,
no le pido al Cielo nada:
Feliz soy, Bárbara, sí.
Mañana donde quisieres
nos iremos á ocultar,
si esta noche en el altar
unirte conmigo quieres.
En cualquier rincon del mundo
felices los dos seremos.



Bárb. ¡Ay que ya no lo podemos!
Media un abismo profundo...

Rob. Y bien, yo quiero salvarlo.
¿Qué riesgo, qué inconveniente?
Dímelo tú solamente...

Bárb. ¿Cómo puedes ignorarlo?
Soy Católica, Roberto:
Católica moriré;
y tú abjurando tu fé
á entrambos á dos has muerto.

Rob. ¿Qué importa esa diferencia?
los dos á un Dios adoramos.
Bárb. Pero sujetos estamos
á muy distinta influencia.
Rob. No, Bárbara; no lo digas:
tú eres mia, lo has de ser.
Bárb. No lo consiente el deber.
En vano ya te fatigas.
No puedo dejar de amante,
mas amo sin esperanza.
Rob. ¿Lo que padezco no alcanza,
mi Bárbara, á desarmarte?
Si el lazo que une á los dos
así rompes, despiadada,
¿á quién, mugér desdichada,
unirte podrás?
Bárb. A Dios.
Rob. A Dios tu labio perjuro
hará un falso juramento:
que siempre en tu pensamiento
he de estar, ten por seguro.
Querrás olvidarme en vano
aun despues que fuere muerto,
la sombra de tu Roberto
vendrá á pedirte esa mano... (*Toma la mano de Bárbara en que ésta conserva arrugado y oculto el papel y pasa del amor á la desconfianza; despues de haberlo leido, rabia concentrada.*)
Bárb. (*Con angustia.*) Roberto, no me condenes.
Rob. Hipócrita despreciable,
fementida, miserable,
¿de mirarme valor tienes? !
Bárb. Inocente estoy.
Rob. Es cierto.
La prueba la tengo aquí.
(*Vuelve á leer.*) ...y pide gracia por mí.
Mas valiera haberme muerto.
Bárb. ¿Está firmado el papel?
Rob. De tu mano escrito está.
Bárb. No en mi nombre.
Rob. Probará,
si la dejo, que me es fiel.

Bárb. Por el divino Señor
que aquí nos está mirando...
Rob. Muger, estás blasfemando,
no provoques mi furor.
Bárb. Ese papel está escrito
de mi mano; pero nó...
Rob. Pues dime quien lo dictó,
que saberlo necesito.
Bárb. No me preguntes, te ruego.
Rob. No hay secretos para mí:
si tú no, Blanca...
Bárb. (*Despues de vacilar un momento.*)
Yo fuí.
Culpada soy no lo niego.
Rob. Si la esposa de mi hermano
culpada fuera por suerte,
supiera darle la muerte
con aquesta propia mano.
Bárb. No, que Blanca es inocente;
yo sola soy criminal.
Rob. (*Sacando la daga y amenazándola.*)
Quien lo hizo pague el mal.
Bárb. (*Amparándose del altar.*)
Tú me ampara, Dios clemente.
Rob. (*Reportándose.*) En esa sangre traidora
no debo el hierro manchar.
Vivirás para penar,
te lo juro, engañadora.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en casa de la Duquesa Doña Blanca. — Decoracion cerrada. — Cuatro puertas, dos á cada lado. — Una del cuarto de Blanca, otra del de Bárbara, otra del Oratorio, y la última secreta y cubierta con un tapiz. — Reja practicable con cerradura. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ROBERTO *embozado.* — FEDERICO *en cuerpo.*

Fed. A tanto riesgo, Señor,
es temerario esponeros.
Rob. Ayuda vengo á pedirte,
Federico, y no consejos.
Fed. Mis canas de aconsejaros
me dan el triste derecho.
Rob. En inútiles coloquios
es vano perder el tiempo.
¿Estás dispuesto á servirme?
Fed. ¿Y cómo negarme puedo?
Rob. Pues bien, oye, Federico:
todos me juzgan ya lejos
de Ratisbona: aquí oculto
esta noche pasar quiero.
A tí solo me confio,
nadie mas ha de saberlo.
Fed. ¿Ni la Duquesa?
Rob. Tampoco.
Fed. ¡Pues con ella tal misterio!
Rob. Yo tengo acá mis razones.
Fed. Aunque es muger, el secreto
supiera guardar.
Rob. No importa:
á no verla estoy resuelto.
Tú procura algun parage

en que ocultarme aquí dentro.

Fed. Mi estancia, Señor, no es digna
de recibir tal sugeto:
mas si vos quereis honrarla...

Rob. Ya he pensado en tu aposento;
pero no: no me conviene.
Has de buscarme otro puesto.
(*Aparte.*) Está en alto y no pudiera
servir para mis intentos.

Fed. En el resto de la casa
por imposible lo tengo.

Rob. ¿No pudiera, Federico,
aquí mismo, por ejemplo...

Fed. Aquí es delirio intentarlo.
Esa puerta que estais viendo,
no sé ya si os acordais...

Rob. De Bárbara el aposento.

Fed. Estotra de la Duquesa
es la estancia: resta luego
el oratorio...

Rob. ¿Y en él
pasar la noche no puedo?

Fed: La llave de la Duquesa
no se aparta ni un momento.

Rob. Mal haya tanto guardarla.
¡Que no encuentre ningun medio!

Fed. Si ser visto no quereis
debeis retiraros presto.

Rob. ¿Pues no están ya recogidas?

Fed. No quisiera que mi celo
me llevára mas allá...

Rob. Explícate sin rodeos.

Fed. La verdad es que á deshora
algunas noches observo
que hay luces en esta cuadra,
que se interrumpe el silencio...
Los criados lo atribuyen
á diabólico misterio;
pero yo, que por mis años,
no parto ya de ligero...

Rob. Sospechas que no hay mas diablos
en esto que un galanteo.

Y á propósito esa reja
pudiera servir...
Fed. Yo tengo
la llave siempre, Señor.
Rob. (*Despues de haber meditado.*)
Pues dámela, amigo, presto.
Fed. (*Dándosela.*)
Tomadla. (*Pasos dentro.*) ¿No habeis oido?
Alguien viene.
Rob. Vamos luego.

ESCENA II.

BLANCA. — BÁRBARA *con una lámpara que coloca sobre una mesa.*

Bárb. Juraria que escuché
algun rumor al entrar.
Blan. Pues quien pudiera aquí estar
á estas horas no lo sé.
Bárb. Sin duda, Blanca, me engaño.
Blan. Tú siempre tan animosa,
estar hoy tan temerosa.
Bárb. Temo siempre nuevo daño.
Blan. Ya Roberto se salvó.
Bárb. Pero errante y fugitivo
le tiene el destino esquivo,
y culpada me creyó.
Y mi padre entre cadenas
está el triste sollozando,
tal vez la muerte esperando
por término de sus penas.
Blan. Tu Padre, Bárbara mia,
cuéntalo ya por seguro:
no ha de pasar, te lo juro,
sin que le abraces un dia.
Bárb. ¿Y quién dirá á mi Roberto:
tu Bárbara es inocente?
Blan. Seráte el Cielo clemente...
Bárb. Cuando ya me hubiere muerto.
Blan. ¡Oh Bárbara! y es por mí.
Bárb. Mi amistad te lo perdona.

Blan. Si de amistad hay corona
se te debe sola á tí.
Bárb. ¡Ay, del triste que será?
Blan. ¿De quién dices?
Bárb. De tu hermano.
Blan. A un príncipe luterano
sin duda se acogerá.
Bárb. ¿Y otra vez en rebelion,
se librará como ahora? (*Dán las doce.*)
Mas ¿no es esta ya la hora?
Blan. Las doce, Bárbara, son.
Bárb. Adios, Blanca, ya te dejo:
de mi padre no te olvides.
Blan. ¿Por qué tú misma no pides
su perdon?
Bárb. Muy mal consejo:
en tu boca una palabra
será con él poderosa.
Muger amada y hermosa
¿qué duro pecho no labra?
Blan. Te veré, Bárbara, luego.
Bárb. Velando te esperaré.
Blan. La gracia conseguiré,
si algo pudiere mi ruego.

ESCENA III.

BLANCA.

Ya mas de las doce son
y todavía no viene...
no te alarmes corazon,
cuando Cárlos se detiene
sobraräle la razon.
¡Qué soledad! ¡que no alumbre
esa lámpara mejor!
¡Ah! no hay tiempo, no hay costumbre
que el ojo escudriñador
de la conciencia deslumbre.
(*Rumor de pasos.*) Pasos siento... ¿quién será?
¿Quién ha de ser si no es él?
(*Dirigiéndose á la puerta secreta.*)

A su lado cesará
esta congoja cruel. (*Abre la puerta.*)
Gracias á Dios aquí está.
(*El Emperador entra por la puerta secreta.*)

ESCENA IV.

EL EMPERADOR. — BLANCA.

Emp. Aquí está, Blanca divina,
el que se mira en tus ojos:
de tu beldad peregrina
son sus coronas despojos:
ante ella todo se inclina.
Blan. Muy cortesano, muy fino,
en palabras os mostrais;
y teneisme aquí sin tino
esperando que vengais;
el por qué no lo adivino.
Emp. Estrecha cuenta pedís,
severa estais por demas.
Blan. Con gran calma vos me ois.
Emp. ¿Enojada, Blanca, estás?
Blan. Como vos, Señor, decís.
Emp. (*Acerca dos sillas, se sienta en una, y hace seña á Blanca para que ocupe la otra.*)
Sentémonos, te diré
la causa de mi tardanza.
Blan. Estoy bien, Señor, de pie.
Emp. ¿Ni que me escuches alcanza,
Blanca querida, mi fé?
Blan. (*Sentándose.*) Ya estoy sentada escuchando.
Emp. (*Acercando la silla de Blanca á la suya.*)
Acércate mas aquí.
¡Ya estás, Blanca, suspirando!
¿Qué puede faltarte á tí,
á quien ciego estoy amando?
Blan. La paz del alma, Señor;
la quietud de mi conciencia,
cuyo contínuo clamor
apenas vuestra presencia
acalla, ni vuestro amor.

Emp. ¿Ya olvidaste que tardé,
mi Blanca, en venir á verte?
Callando me vengaré
ya que hablando me das muerte.
¡Por Dios que no lo diré!
Blan. Tendréisme siempre enojada
si en eso guardais silencio.
Emp. No andarás tan despiadada.
Blan. Como rebelde os sentencio,
no puede ablandarme nada.
Emp. Al cabo habré de ceder
porque haya paz á lo menos.
Mas consigue una muger
que pueden propios y agenos:
¡á mí llegarme á vencer!
Blan. ¿Con que en fin me esplicareis
de la tardanza el misterio?
Mas, ¿qué fueron me direis
los negocios del Imperio:
con ellos me engañareis.
Emp. Tal vez los descuido mas
que debiera, Blanca, hacerlo;
en fin, á escucharme vas,
si debes ó no creerlo
por tí propia juzgarás.
Respondíte á tu billete
que esta noche y á las doce.
No hay hombre que mas respete,
lo sabe quien le conoce,
que Cárlos lo que promete.
Sonando estaba la hora
cuando con Quijada entré
en tu calle; y sin demora
á la puerta caminé
de mi amor encubridora.
A abrirla estaba dispuesto,
mas Quijada me advirtió
que un hombre guardaba el puesto;
y aun á mí me pareció
de mala traza y mal gesto.
A caber zelos en mí,
tal vez, Blanca, los tuviera;

mas ni pienso que hay aquí
quien conmigo compitiera,
ni tan mal juzgo de tí.
La calle al vernos dejó
aquel ladron ó curioso;
Quijada allá le siguió
y á adorar tu rostro hermoso,
mi Blanca, me vine yo.
Probada está mi inocencia,
y es curioso, por Dios vivo,
justificarse en presencia
de juez adusto y esquivo,
quien bajo de su influencia...
Blan. ¿Dos mundos tiene rendidos?
pero en el reino de amor
esos títulos perdidos
son sin otros mi Señor.
Emp. ¿No los tengo merecidos?
Blan. Demas por desdicha mia!
Emp. Siempre llorando, mi bien;
mas congojas cada dia.
Blan. ¡Ah! mis desdichas tambien
aumenta la suerte impía.
Emp. ¿Y qué nuevo mal te aqueja?
¿Es tal desdicha el amarme?
¿De qué, Blanca, tienes queja?
Blan. Sola á mí debo culparme.
Emp. Ese pensamiento aleja...
Blan. Lo quiero, mas no lo puedo:
Conociendo que hago mal,
á mi desventura cedo:
Yo soy, Señor, criminal
y tengo al castigo miedo.
Emp. Puedes hacer tanto bien
amando al Emperador...!
Cuantas desdichas no vén
sus ojos...
Blan. ¡Ah! si Señor,
y vos las sabreis tambien.
Emp. Sírvale, pues, de consuelo
al llagado corazon,
que ese piadoso desvelo

ha de alcanzar el perdon
de tus faltas en el Cielo.
Blan. (*Insinuante*.) Empezad vos perdonando.
Emp. Ya á Roberto pordoné,
ya me motejan de blando.
Blan. Otra gracia os pediré
aunque tal vez abusando...
Emp. Si es justa no es abusar.
Blan. Piedad os vengo á pedir.
Emp. ¿Quién te puede interesar!
Blan. Yo no me atrevo á decir...
Emp. ¿Puédolo yo adivinar?
Blan. No justicia, gracia pido.
Perdonad la vida á un hombre
que os tiene muy ofendido.
Emp. Pero decidme su nombre.
Blan. Es Blomberg.
Emp. Está perdido.
Blan. ¡Con qué es inútil mi ruego!
Emp. Salvarle no está en mi mano;
ese triste acaso al fuego,
mañana por luterano
irá pertinaz y ciego.
Blan. ¿Que es de Bárbara sabeis
padre ese anciano infelice?
No tan severo os mostreis.
¡Oh cuanto de amor desdice
el semblante que teneis!
Emp. Nada en eso puedo hacer.
Blan. ¿No puede el Emperador...?
No le falta, no, el poder;
pero le falta el amor
y el quererme complacer.
Emp. Injusta mi Blanca está.
Todas las causas de fé
las tiene el prelado ya.
Blan. Si él muere yo moriré.
Emp. El tiempo os consolará.
Blan. No puede, no, consolarme
de ver triste y desvalida
á aquella que, por salvarme,
me ha dado mas que la vida.

que vos quereis arrancarme.
Ha sido el mejor amigo
ese anciano de mi padre:
si su gracia no consigo
hora que............ (*Blanca al llegar aquí calla avergonzada: el Emperador la mira con ternura, le toma la mano, se llega á ella y le escucha algunas palabras, dichas las cuales Blanca se oculta el rostro entre las manos, y el Emperador manifiesta grande alborozo y ternura.*)
Emp. ¿Qué dices!!
Blan. No sé que digo.
Emp. ¡Será cierto, Blanca mia!
Blan. Muy cierto por desventura.
Callarlo me prometia.
Emp. ¿Ocultarme tal ventura
por qué mi amada queria?
Blan. Todo van á descubrirlo.
Hora se pierde mi fama;
Bárbara puede decirlo
si ese perdon que reclama
no alcanzo yo á conseguirlo.
Emp. A entrambos cuenta nos tiene
conservar este secreto.
Un medio se me previene.
Blan. ¿Y el perdon?
Emp. Yo lo prometo.
Ver á Bárbara conviene.
Blan. ¿Pues qué decirla quereis?
Emp. Vé por ella, Blanca, al punto
y las dos escuchareis
lo que pienso en el asunto.
Blan. En breve aquí nos tendreis. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL EMPERADOR.

De Alemania Emperador,
de la noble España Rey,
Italia bajo mi ley,
de un mundo nuevo Señor;

y esclavo soy de este amor!!!
¡Descender á engaño y ruego
quien con el hierro y el fuego
á la Francia hizo temblar!
Bien te puedes alabar
de tu poder, niño ciego.

ESCENA VI.

EL EMPERADOR. — BÁRBARA. — BLANCA.

Bárb. (*Queriendo arrodillarse.*)
Dejadme que agradecida
(*El Emperador la levanta.*)
los pies os llegue á besar.
Tanta merced á pagar
apenas basta mi vida.
Emp. Solo á Blanca le debeis,
Señora, agradecimiento;
y pagárselo al momento
y con usura podeis.
Blan. ¡Pagarme, Señor, á mí!
Yo soy quien debo pagar...
Bárb. ¿Qué pudieras desear
que yo te negára á ti?
Emp. (*Aparte.*) Poco me dejan que hacer
en esta negociacion.
Vuestro noble corazon (*A Bárbara.*)
en eso se deja ver.
Bárb. Lo que Blanca quiere espero
que me digais, gran Señor.
Emp. ¿Querreis salvarle el honor? (*Blanca se retira á un lado. — Bárbara y el Emperador permanecen en el proscenio.*)
Bárb. ¿Dudar podeis que lo quiero?
Blan. (*Aparte.*) ¡Oh Cielos! ¡qué sacrificio
intenta de ella exigir!
Emp. En vos está el impedir
su ruina solo, á mi juicio.
Bárb. Cuanto en mi mano estuviere
no hay que dudar que lo haré.
Blan. (*Aparte.*) ¿Y así de ella abusaré?

Mi propia mano la lleve.
Emp. ¿Qué estais resuelta, Señora?
Bárb. A pagar cuanto le debo.
Blan. (*Aparte.*) Tambien á la muerte llevo
á Roberto que la adora.
Emp. Tal vez llegando el momento...
Bárb. Señor: ¿qué quereis decirme?
Blan. (*Aparte.*) No puedo mas: he de irme:
faltarme el ánimo siento. (*Vase sin que lo adviertan el Emperador ni Bárbara.*)

ESCENA VII.

BÁRBARA. — EL EMPERADOR.

Bárb. Decidme, Señor, os ruego,
qué se pretende de mí.
Emp. ¿No habeis dicho ya que sí?
Bárb. Y que lo he dicho no niego.
Emp. Parece que vacilais
en cumplir vuestra promesa;
que á Blanca sola interesa,
tal vez, Bárbara, olvidais.
Tened presente tambien
que el que os está aquí rogando
pudiera, acaso mandando,
llegar á su fin muy bien.
Me esplicaré sin rodeos,
el misterio cesará.
Bárb. Vuestra Magestad verá...
Emp. Obras quiero y no deseos.
A Blanca desde la infancia
le debísteis proteccion:
de vuestro padre el perdon
arrancó á mi tolerancia...
Bárb. Si piensa que dí al olvido
cuanto debo á su amistad,
injusto su Magestad
imaginándolo ha sido.
Emp. No está demas recordaros
uno y otro beneficio,
porque es duro el sacrificio

que pido; y puede amargaros.
Dí la vida á vuestro padre
que contra mí peleó;
que salveis os ruego yo
á Blanca que vá á ser madre.
Bárb. ¡Dios eterno! ¿y es posible?
¿A tal su desdicha llega?
Emp. Que la salveis Blanca ruega.
Bárb. ¿Cómo de mal tan terrible?
Emp. Pues sino basta rogar,
tened, Bárbara, entendido
que aunque blando hasta aquí he sido
he de saberlo mandar.
Bárb. ¿A lo que Dios ordenó
qué remedio le pondremos?
Emp. Al menos lo ocultaremos.
Bárb. ¿Y cómo lo puedo yó?
Emp. (*Resuelto.*) Pasando vos por culpada:
que no encuentro otro remedio. (*Breve pausa de sorpresa é indignacion en Bárbara.*)
Bárb. (*Con energía.*) Buscar podeis otro medio:
no he de verme deshonrada.
Emp. Pensadlo un poco mejor:
recordad que le debeis...
Bárb. Mas nunca me probareis
que yo le deba mi honor.
¿Dais á mi padre la vida
tan solo porque consienta
una muger en su afrenta
por la merced recibida?
Ese anciano entre cadenas
mas vale, Señor, que espire
que perdida su honra mire
solo por culpas agenas.
Emp. (*Con dignidad.*) El perdon que dado está
lo ha dado el Emperador:
deponed todo temor,
que atrás no se volverá.
Aquí podeis del amigo
al ruego ser insensible;
podeis segura, terrible
estar, Bárbara, conmigo.

Nada sabe el Soberano
de lo que pasa al amante:
este pone en el instante
su destino en vuestra mano;
cuando de aquel al poder
en uno y otro hemisferio,
no se encuentra acaso imperio
que resista obedecer.
Bárb. Tened compasion de mí!
Emp. No acierto á qué me imploraís,
pues vos sois la que negais
y yo soy el que pedí.
Bárb. ¡Ah! que al negarle yo á Blanca
cualquiera cosa, Señor,
siento que acerbo dolor
del pecho el alma me arranca.
Emp. ¿Estais, Bárbara, resuelta
á que muera vuestra amiga?
A vos el nudo no os liga
en que Blanca se vé envuelta.
Libre sois en conclusion;
si rendida apareceis,
disculpa grande teneis
en que soy yo la ocasion.
¿Quereis en tierra lejana
ir á ocultaros? — Podeis.
Si una corona quereis
os puedo hacer Soberana.
Pensad bien lo que elegis:
por mi dama estais tenida:
os engañais, por mi vida,
si otra cosa presumis.
Bárb. El Cielo de mi inocencia
es á lo menos testigo:
yo tengo á Dios por amigo.
Emp. Mas no á la maledicencia.
Bárb. ¡Por culpada he de pasar,
¡oh Dios! estando inocente!
Emp. No podreis á tanta gente
vos sola desengañar.
Bárb. ¡Verdad horrible, espantosa!
¡Para siempre sin honor!!! (*Breve pausa.*

— *Bárbara profundamente abatida.*)

Emp. (*Con dulzura.*) ¿La salvareis?

Bárb. (*Con dolorosa resignacion.*) Sí Señor.
Sea Blanca al menos dichosa.

Emp. Juráisme que este secreto
no revelareis jamás.

Bárb. ¡Aun pretendeis eso mas!
—No importa—Yo lo prometo.

Emp. (*Con ternura tomándola la mano.*)
Dichosa sereis tambien.

Bárb. Imposible.

Emp. ¿Por qué no?
Nunca el Señor olvidó
al que sufre y hace bien.

Bárb. En él pongo mi esperanza.
Ampáreme su piedad.

Emp. Premiaré vuestra amistad,
si cuanto puedo lo alcanza.

Bárb. Mercedes, Señor, no quiero:
ya muy caras he pagado
las que me habeis otorgado.
Una gracia sola espero.

Emp. Ya la teneis concedida
sin vacilar un momento. (*Roberto subiendo por una escala, aparece en la reja, que abre con su llave.*)

Bárb. Pasar quiero en un convento
lo que me resta de vida. (*Roberto ha entrado por la reja y salta á las tablas.*)

ESCENA VIII.

EL EMPERADOR. — BLANCA. — BÁRBARA. — ROBERTO. — *Despues* QUIJADA.

Rob. (*Al saltar.*) ¡Tu vida! corta será. (*Saca la espada.*)

Emp. (*Se vuelve, se emboza, y empuña.*)
Seais amante ó ladron
venís en mala ocasion.

Rob. Eso pronto se verá.

Bárb. (*Aparte.*) ¡Oh Cielos! Este es Roberto.

Quij. (*En la reja.*) Pensaba haberse escapado;
pues por Dios que se ha engañado. (*Salta y empuña.*)
(*A Roberto.*) Dadme la espada ó sois muerto.

Rob. (*Acometiéndole.*) Primero lo sereis vos.

Emp. (*Interponiéndose.*) Teneos quieto, Quijada: dejadme probar la espada.

Bárb. (*Conteniéndola.*) Roberto mio, por Dios!

Rob. (*Apartándola.*) Aparta, infame muger.

Quij. (*Al Emperador.*) Perdonadme si resisto...

Emp. Callad: no el rostro me ha visto. (*Roberto se desembaraza de Bárbara, y acomete al Emperador, que, apartando á Quijada, le recibe con la espada.*)

Bárb. (*A Roberto.*) ¡Así te quieres perder! (*El Emperador desarma á Roberto, y pone el pie sobre su espada.*)

Rob. (*Presentándole el pecho.*)
No tardeis en darme muerte,
ó tal vez lo llorareis.

Emp. De que el rostro no me veis
dadle gracias á la suerte.
Idos ya, sin replicarme,
por donde aquí habeis venido:
y de hoy más tened sabido
que no es tan fácil matarme.

Rob. (*Yéndose con rabia.*) El tiempo lo ha de decir. (*Vase por la reja.*)

Quij. Ingrato, como traidor.
¿No le escuchásteis, Señor?

Emp. ¿Qué importa? dejadle ir.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una ermita desmantelada, pero no ruinosa. — Robetto, Blomberg y los Conjurados con coleto, gaban y botas; el segundo sin armas. — El Emperador, Quijada y sus Caballeros en trage de caza, y ademas de las armas del tiempo un venablo. — Al levantarse el telon los Conjurados están en el fondo de la ermita. — Empieza á amanecer y vá aumentándose la luz hasta que al fin del acto es completamente de dia.

ESCENA PRIMERA.

LOS CONJURADOS *en el fondo. — Entran* BLOMBERG *y* ROBERTO. — *Este hace seña y los Conjurados se retiran.*

Blom. Cielo imprudente! arrojo temerario!
Ofrenda impía la que alzais al Cielo!
En nombre del Cordero del Calvario,
venganza y ruinas cubren este suelo.
Rob. Ruinas!... sí; de los ídolos de Roma.
Venganza, aún nó, pero vendrá su dia.
Tal vez la aurora de venganza asoma;
tal vez mi ruego á Dios...
Blom. Plegaria impía!
¿Y eres cristiano tú, que así blasfemas?
Rob. Blomberg, ¿qué dices?
Blom. La verdad, Roberto.
Esa sed de venganza en que te quemas
es de un cristiano indigna.
Rob. Bien, por cierto,
de tus heladas canas la influencia
sentir se deja, anciano, en tus palabras.
Mas si templar pretendes mi violencia,
el tiempo pierdes, en diamante labras.
Blom. Cuando á Dios place, de la roca dura

brotan las aguas en raudal copioso:
del ancho mar soberbio la bravura
se humilla á su querer; y tú, orgulloso,
intentas resistirle.

Rob. La semilla
intento destruir del paganismo;
del tirano Monarca de Castilla
romper el insufrible despotismo:
del negro tribunal es el apoyo;
él nos conduce á la fatal hoguera.
¿Sin sangre nuestra corre algun arroyo,
dime, Blomberg, en la Alemania entera?
¿Qué fueran sin su lanza y sin su escudo
para nosotros Roma y sus secuaces?
Yo, anciano, cortaré el gordiano nudo
que tú mas bien aprietas que deshaces.

Blom. ¿Dónde te arrastra, temerario mozo,
el fuego ardiente de tu loca saña?
¿Intentas, por ventura, sin rebozo
la guerra declarar al Rey de España,
con un puñado, acaso, de valientes
que apenas se declaren, al profundo
abismo han de lanzar las fieras gentes
del que es Señor de la mitad del mundo?

Rob. No; que lidiar con él fuera locura:
mas un zagal con una piedra sola
rompió de Goliát la frente dura:
romper puede un puñal cota española.

Blom. (*Con horror.*)
¡Un Regicidio!!!

Rob. (*Con firmeza.*) Sí; que es un tirano.

Blom. Dios es su juez.

Rob. Y Dios quien le condena.

Blom. Él le castigue.

Rob. No; será mi mano
la que al culpable hará sufrir la pena.

Blom. ¿De nuestra Santa Religion naciente,
con ese horrible crímen en la cuna,
quieres manchar la inmaculada frente?
Escucha mis razones.

Rob. No hay ninguna,
que á vivir bajo el yugo vil me obligue,

errante siempre, sin hogar, sin templo;
razon no encuentro que mi brazo ligue,
que esclavo hasta en creencias ni contemplo.
Si á tus cansados años de esta obra
grande parece el peso y el trabajo,
retírate, Blomberg: mi mano sobra:
Su vida ó mi cabeza sobre un tajo.

Blom. ¡Un asesino tú!!!

Rob. Soy instrumento
de la ira del Dios de las batallas.

Blom. Tú le debes la vida.

Rob. ¡Oh, mi tormento!

Blom. Y se la debo yo... ¿por qué así callas?

Rob. No me preguntes.

Blom. Eres un ingrato.
Él pudo con justicia darte muerte.

Rob. Basta: ¿qué quieres?

Blom. Reducirte trato.

Rob. En vano es ya: resuelta está mi suerte.

Blom. Un tiempo fué Roberto caballero,
valiente en los combates, generoso
y agradecido fué; pretende empero
manchar su fama con delito odioso...

Rob. Escúchame, Blomberg: de haberme muerto
por mano del verdugo, perdonára
al tirano tal vez...

Blom. Y bien, Roberto...

Rob. Escúchame, te digo: no le odiára;
mas tú no sabes, ni decirte quiero,
por cual precio mi sangre ha perdonado,
y la tuya tambien, el tigre fiero.
No lo quieras saber desventurado.

Blom. Sé que en las llamas perecido habria
sin su perdon; si luego me destierra,
lloro, Roberto, la desdicha mia:
mas no le muevo ingrato cruda guerra.
Aquí, contigo á orar con mis hermanos
vine al Señor por su afligida esposa;
y no á manchar mis ya caducas manos
en trama contra el César alevosa.

Rob. Y bien; te obstinas: el fatal secreto
mis labios van á revelarte, escucha:

y al saberlo, Blomberg, yo te prometo
que no serás tan débil en la lucha.
No tacharás mi celo de imprudente;
poca ha de parecerte mi violencia
cuando el baldon señale de tu frente.

Blom. ¿Baldon en mí! ¿Roberto, qué dijiste?
mi helada sangre hierve al escucharlo,
Baldon... ¡ah! cual palabra proferiste.

Rob. Véngate en vez, anciano, de llorarlo.
Tus venerables canas deshonradas
por el tirano están.

Blom. ¿Y cómo? ¿y cuándo?

Rob. ¿No te basta saber que están manchadas?
¿No te digo bastante así callando?

Blom. Esplícate, Roberto: te lo ruego.

Rob. Te lo diré despues de la venganza.

Blom. Antes lo he de saber.

Bob. ¡Empeño ciego!
Ya que el silencio mio nada alcanza,
lo romperé: Blomberg, tú lo has querido.
Tú tienes una hija... yo la amaba...
La perdimos los dos...

Blom. ¿Ha perecido?

Rob. Pluguiera á Dios que sí.

Blom. Roberto, acaba.

Rob. ¿No me comprendes?—Bárbara no puede
ser ya mi esposa: la rindió el tirano.

Blom. ¡Ah, no es verdad!

Rob. Dudar no me concede
á mí la suerte: no.

Blom. Calla inhumano.
Tú no eres padre.

Rob. Pero he sido amante.
Tu hija era mi bien: era mi vida:
el ídolo de un alma delirante;
y me vendió, Blomberg, la fementida.

Blom. Tal vez tus propios zelos te engañaron.

Rob. La he escuchado; la he visto por mis ojos;
y su infamia sus labios confesaron.
Honra y amor de Cárlos son despojos.

Blom. Dá, Señor, á este anciano resistencia
para el amargo cáliz que le envias:

O si hallar gracia puede en tu presencia
corta la trama á sus cansados dias.
Rob. Modera tu dolor, serás vengado.
Blom. ¿Me volverás á Bárbara inocente?
Rob. Con sangre tu baldon será borrado.
Blom. Tú no comprendes lo que un padre siente.

ESCENA II.

DICHOS *y* EL CONJURADO 1.°

Conj. (*A Roberto.*) Ya al Pastor teneis aquí.
Rob. ¿Y nuestros hermanos?
Conj. Todos.
Rob. ¿Y las guardas?
Conj. En sus puestos:
el monte cercan en torno.
Blom. (*Al Conjurado.*) A nadie han de hacer injuria.
Rob. Si no sirviere de estorbo:
mas si algun gentil quisiera
interrumpir nuestros votos;
si al rebaño del Señor
acometieran los lobos,
espadas teneis, amigos,
que mas de un peto habrán roto.
Blom. Venga ya el Santo Pastor.
Rob. Estad á punto vosotros. (*Vdse el Conjurado.*)

ESCENA III.

ROBERTO. — BLOMBERG. — EL PASTOR.

Past. Paz y salud, gloria á Dios,
él solo lo puede todo.
Blom. Él convierta como puede
nuestras lágrimas en gozos.
Rob. El que deshizo las huestes
de Faraon con un soplo,
tal vez cuando le imploramos
nuestras cadenas ha roto.
Past. Romperlas... no es tiempo aún:
no ha vuelto el Señor su rostro

á los hijos de Lutero,
aún no los mira piadoso.

Rob. ¿Y aquí no estámos, Pastor,
sus servidores?

Blom. ¡Cuán pocos!

Rob. Pocos sí; pero valientes,
para la lid siempre prontos.

Past. ¿Qué importa vuestro valor
si luchais con un coloso
que al sacudir de su brazo
os puede tornar en polvo?
Si Dios no, ¿quién en el mundo
ha de ser nuestro socorro?
Nadie: nadie. En tanto mal
llorar podemos tan solo.

Rob. Los ancianos, las mugeres
os hagan llorando el coro:
Yo tengo un brazo, Pastor,
y un aliento generoso.
Huid de aquí: si temblais,
no he menester de vosotros.

Blom. Hierve la sangre en las venas,
Pastor, del altivo mozo;
en su celo se extravía,
le ciega su mismo arrojo.

Rob. Si me ciego de valiente
os helais vos de medroso.

Blom. Tú bien conoces, Roberto...

Rob. Yo os diré lo que conozco:
os causa el nombre del César
tanto pavor, tanto asombro,
que os dejareis degollar
por no servirle de enojo.
Yo no sé si á la victoria
ó á la muerte tal vez corro:
mas sí que en morir lidiando
al menos no me deshonro.
Sé que un baldon en mi pecho
penetra siempre muy hondo,
su peso me es insufrible...
Otros hay, que no los nombro
porque me dan compasion,

que lo pueden sufrir todo,
en quien la sangre no habla,
que tal vez deslumbra el trono...
Huyan pues; sino de auxilio
que no me sirvan de estorbo.

Blom. Tú tambien sobre mis canas
arrojas inmundo lodo!!
Perdonételo el Señor
como yo te lo perdono.

Past. (*A Roberto.*) ¡Así á un ministro faltais,
y á un noble anciano al decoro?

Blom. (*Al Pastor.*) Los lazos de nuestra union
no por mí se miren rotos.
El pueblo espera: á Jehová
elevemos nuestros votos.
Hermanos mios á orar. (*Desde la puerta del foro.*)
(*A Roberto.*) Hora depon los enojos.

ESCENA IV.

DICHOS. — PUEBLO y CONJURADOS.

El pueblo forma semicírculo. — Los Conjurados guardan la puerta. — El Pastor y Blomberg en el centro. — Roberto en un estremo. — Cuando el Pastor sacando un libro vá á principiar á leer, el Conjurado 1.º entra y dice algunas palabras al oido á Roberto.

Rob. (*Despues de oir al Conjurado.*)
(*Al Pastor.*) Suspended por un instante.
(*Aparte al Conjurado.*)
A nadie mas que á mí solo. (*Vàse el Conjurado.*)

Blom. No hay ya para la oracion
á mi ver ningun estorbo.

Rob. Pastor, bien á mi pesar
el impedir me es forzoso
vuestra oracion. Retiraos.

Past. ¿Por qué, Roberto, tan pronto?

Rob. Es fuerza: no mas tardanza
ó perdidos, por Dios, somos.

Blom. ¿Nos han vendido, Roberto?

Rob. No lo sé, mas lo supongo.

Avísanme que salieron
de noche y con gran rebozo
soldados de Ratisbona,
si contra mí es lo que ignoro.
Si ellos me buscan cordero
me pudieran hallar lobo.
(*Al Pastor.*) En nombre del Cielo os ruego
no os detengais, (*Al pueblo.*) Y vosotros
idos, amigos, por hoy. (*El Pastor sale.* — *El pueblo le sigue lentamente.*)

Blom. ¿Esperar quiere tu arrojo? (*Roberto le hace señas de que calle.*)
¿Contra las huestes del César
lidiar quieres con tan pocos?

Rob. Silencio, anciano, silencio:
espera que estemos solos.

Blom. (*Aparte.*) ¿Qué nuevo misterio encierra
su proceder cauteloso? (*El pueblo acaba de salir.* — *Los Conjurados lo hacen tambien, pero se quedan á la puerta.*)

ESCENA V.

BLOMBERG. — ROBERTO.

Rob. Blomberg, el Cielo en tu mano
pone á Bárbara.

Blom. ¡Hija mia!

Rob. De la venganza es el dia.

Blom. ¿Qué pretendes, inhumano?!

Rob. Tú, Blomberg, noble naciste:
sabrás que hacer te conviene.

Blom. ¿Que estaba aquí no dijiste?
¿Dónde está? ¿Quién la detiene?

Rob. Vá á llegar: Blanca con ella
al vecino monasterio
caminaba con misterio:
que halláran quiso su estrella
con la gente que aposté;
conociólas un soldado,
detúvolas, me ha avisado,
y aquí traerlas mandé.

Vengarme pudiera aquí
de la vil que me ha engañado;
pero al fin no ha deshonrado
en resúmen mas que á tí.
A tu venganza la entrego,
haz de ella lo que quisieres,
que no en sangre de mugeres
se ceba mi furor ciego. (*Váse.*)

ESCENA VI.

BLOMBERG.

Dios de Abrahan, cuya bondad inmensa
al último reptil del mundo alcanza;
á quien el coro de ángeles inciensa
y entona eterno canto de alabanza;
tú, Señor, de los débiles defensa;
tú fuente de consuelo y de esperanza:
misericordia tén de un sin ventura
que te plugo sumir en la amargura.
Padre del unigénito Cordero
que por nosotros descendió á la tierra,
si llamarme ante tí quieres severo,
pronto estoy que la muerte no me aterra:
con fé la vida perdurable espero.
Mas tú vés cuanta angustia aquí se encierra,
ó hiere ya, Señor, mi anciana frente,
ó vuélveme á mi Bárbara inocente.

ESCENA VII.

BLOMBERG. — BÁRBARA. — BLANCA. — FEDERICO. — CONJURADOS. *Estos conducen al último con las dos damas y se retiran dejándolos en la escena. — Bárbara al ver á su padre corre á sus brazos y él se los abre como involuntariamente. — Blanca aterrada avanza lentamente. — Federico en el fondo.*

Bárb. ¡Padre mio!
Blom. ¡Mi hija!
Blan. ¡Cielos! (*Blomberg vol-*

viendo en sí, separa á Bárbara de sus brazos.)
Bárb. (*Aparte.*) Mi suplicio vá á empezar.
Blan. (*Aparte.*) Todo lo vá á confesar.
Blom. (*Con amargura.*) ¡Cual fruto de mis desvelos!
Alza del suelo los ojos,
contempla á un mísero anciano
que mas agovia tu mano
que del tiempo los enojos.
¡Hija en mal hora engendrada!
Bien hizo en morir tu madre,
el Cielo libró á tu padre
del fuego en hora menguada.
Ha llovido sobre mí
sus rigores la fortuna;
pero deshonras, ninguna:
te las debo sola á tí.
Bárb. ¡Padre mio!
Blom. Sella el labio.
Blan. Escuchadla.
Blom. Vos, Señora,
callar debiérais ahora
pues no impedísteis mi agravio;
y tú tambien, Federico,
mas amigo que criado,
tan mal mi amor has pagado!
Fed. ¡Señor!
Blom. Calla.
Fed. No replico.
Bárb. Padre: por Dios escuchadme.
Blom. No hay por desdicha disculpa
que baste á tan grave culpa.
Dejadme todos, dejadme.
Bárb. ¡Blanca! ¡Blanca!!!
Blan. Por piedad...
Barb. (*A Blomberg.*) Dejadme al menos que diga...
Blan. (*Al mismo.*) Tal vez calmaros consiga.
Blom. Callad, Señora, callad.
Bárb. (*De rodillas á los pies de su padre.*)
Por la memoria, Señor,
de la madre que perdí;
recordad que prenda fuí
que el Cielo dió á vuestro amor.

Recordad que cuando Dios
tan jóven se la llevára
tranquila aquí me dejára
porque me guardábais vos.
No así por vana apariencia
me condeneis inclemente;
saben que estoy inocente
los Cielos y mi conciencia.
Blom. ¡Inocente! Si así fuera...
Bárb. No lo teneis que dudar.
Blan. (*A Bárbara con angustia.*)
¿Vásme, Bárbara, á afrentar?
Blom. (*Con ansia.*) Habla; tu padre lo espera.
Bárb. (*Despues de dudar algunos instantes.*)
Tened en mí confianza
y nada me pregunteis,
que la angustia en que me veis
fácilmente no se alcanza.
Blan. Fiad en ella, Señor,
y respetad su secreto:
el callarlo, yo os prometo,
que le causa harto dolor.
Blom. Era ilusion del deseo
que un instante me halagó,
el viento se la llevó:
deshecha en humo la veo.
Bárb. ¡Ah, no! Culpada no estoy.
Blom. ¿Por qué tardas en probarlo?
Bárb. (*A Blanca con resolucion.*)
Todo voy á confesarlo.
Blan. (*Con angustia á Bárbara.*)
¡Compasion! (*Aparte.*) Perdida soy.
Bárb. (*A Blanca á media voz, pero con suma energía.*) Por tí he perdido mi amante,
mi opinion, cuanto tenia,
pero á mi padre no via
con la pena delirante.
Ese anciano, con el ser
su nombre puro me ha dado:
hora lo vé deshonrado,
contempla su padecer.
Consulta con tu conciencia.

Pongo en tus manos mi suerte.
Blan. ¿Por qué no me dá la muerte
de mi dolor la violencia!
Blom. (*A Bárbara.*) ¿Nada tienes que decirme
hora que quiero escucharte?
Si no puedes disculparte
¿perdon no puedes pedirme?
Bárb. (*A Blomberg.*)
¡Ah, Señor, solo un momento.
(*A Blanca.*) ¿Pronuncias, Blanca, mi fallo?
¿Muger, he de hablar ó callo?
Termina ya mi tormento.
Blan. (*Indecisa y avergonzada.*)
¿Qué quieres que yo te diga?
Tu promesa al César fué:
él es dueño de tu fé;
conmigo nada te liga.
Bárb. (*A Blanca con amargo desprecio.*)
No digas mas: te comprendo;
y me causas... compasion.
Blom. (*Con ansiedad.*) Termina mi confusion:
tales misterios no entiendo.
Bárb. Escuchadme, padre mio,
y creed á vuestra hija;
que vuestro pecho no aflija
mi aparente descarrío.
No puedo deciros mas,
lo veda el hado enemigo;
de ello el Cielo me es testigo
y algunos otros quizás.
Blom. ¿Y así piensas engañarme?
¿Así ocultar tu delito?
Bárb. Que inocente estoy repito.
Blom. Eso es tu deber probarme.
Bárb. He dicho cuanto podia.
Blom. Huye ya de mi presencia.
Bárb. Abóname mi conciencia.
Blom. No mas blasfemes, impía.
Corazon empedernido
implora, gime, suspira,
teme del Cielo la ira:
confiesa que has delinquido.

Bárb. Dios solo sabe lo cierto.
Blom. Culpable te has confesado.
Bárb. ¿Quién, Señor, os lo ha afirmado?
Blom. Tu mismo amante: Roberto.
Huye, otra vez te lo digo;
huye, que nunca te vea,
ó esta mano tal vez sea
la que ejecute el castigo.
Bárb. Heridme luego, Señor:
será mas suave venganza
que quitarme la esperanza
de volverme vuestro amor.
Blom. Para siempre lo has perdido.
Bárb. Tened compasion de mí.
Blom. ¿No la tengo, infame, dí,
cuando no te he maldecido? (*Bárbara aterrada. — Blanca llena de horror corre á Blomberg.*)
Bárb. ¡Ah! padre mio.
Blan. (*A Blomberg.*) No mas.
Abrazadla, está inocente;
hora escuchadme indulgente... (*La vergüenza impide á Blanca continuar.*)
(*A Bárbara.*) Tú, amiga, se lo dirás.
Bárb. Dios te premie, Blanca mia,
tu noble resolucion.
Blan. De un padre la maldicion,
¿qué pecho no ablandaria?
Bárb. (*A Blomberg.*) Y puedo justificarme.
Blom. ¿Por qué tardas en hacerlo?
Blan. (*A Blomberg.*) Sí; todo vais á saberlo:
prometedme perdonarme.

ESCENA VIII.

BLOMBERG. — BÁRBARA. — BLANCA. — ROBERTO.

Las damas se retiran. — Roberto entra precipitado y arroja una mirada de desprecio á Bárbara. — Blomberg espera con impaciencia á que Roberto hable. Breve pausa.

Rob. Dejar conviene este sitio:
seguidme, Blomberg, al punto.

Blom. Roberto, voy á seguirte:
mas hora...
Rob. Que es fuerza os juro.
(*Bajo á Blomberg.*) Todo pende de un instante.
Blom. Un momento, solo uno.
Rob. Imposible.
Blom. En él se aclara
tal vez misterio profundo
que á entrambos nos interesa.
Rob. ¿Y he de arriesgar lo seguro
por un sueño ó un engaño?
Un tiempo acaso se pudo:
ya es tarde para ilusiones.
Vámonos.
Blom. No lo rehuso.
(*A las damas.*) Seguidnos.
Rob. ¿Blomberg, qué haceis?
Blom. Que han de seguirnos presumo.
Rob. Os engañais.
Blom. ¡Cómo! ¡solas!
Rob. No tengais temor ninguno,
saben ya vivir ausentes
sin que se amarguen sus gustos.
Blom. Yo á mi hija no abandono,
aunque tu cólera escuso.
Rob. En vez de llamarla hija,
llamárala yo verdugo.
Blom. Es hija aunque esté culpada.
Rob. De esa muger no me curo;
mas el bien de nuestra causa
sacrificarte no es justo.
Conveniente á mis designios
que aquí permanezcan juzgo:
de que en breve te las vuelvo
puedes seguirme seguro.
Blom. Yo no alcanzo...
Rob. (*Impaciente.*) Ni yo puedo
contra lo que Dios dispuso,
que conforme á tus deseos
detenga el tiempo su curso.
(*A las damas.*) Ya me conoceis, Señoras,
y sabreis que no me burlo:

no abandoneis este sitio;
no reveleis á ninguno,
á quien vísteis, como aquí
os trajeron. — Yo os escucho.
Una palabra indiscreta
puede abrir vuestro sepulcro.
(*A Blomberg.*) No me repliqueis; venid;
mi proceder aunque duro
es necesario. — (*A Federico.*) Conmigo.
Silencio encargarte escuso. (*Hace salir á Blomberg y Federico. — Aparte mirando á las damas.*) Un instante nada mas
y los tengo á todos juntos. (*Váse.*)

ESCENA IX.

BÁRBARA. — BLANCA.

Durante esta escena se advierte gran movimiento en los Conjurados, que cruzan por delante de la puerta; y algunos, aprovechándose de que las damas les vuelven la espalda, se introducen y ocultan en la misma ermita. — Roberto aparece una ó dos veces dando órdenes. — Antes de concluirse la escena cesa el movimiento, y hay gran silencio.

Blan. ¡Bárbara!
Bárb. Blanca, ¿qué quieres?
Blan. Nos dejan aquí á morir:
¡ay desdichadas mugeres!
Bárb. Inútil es el gemir:
no, amiga, te desesperes.
Blan. En mal hora al monasterio
sin guardas nos dirigimos.
¡Oh! pesia tanto misterio,
por guardarlo nos perdimos.
Si él lo supiera el Imperio...
Bárb. Silencio. Ya te dijeron
que escuchándonos estaban.
Blan. ¿Y qué decirnos quisieron
cuando callar nos mandaban
las gentes que aquí vinieron?
Bárb. Tal vez pronto se verá;

y yo tiemblo, Blanca,...

Blan. ¿Qué?

Bárb. Decírtelo no sabrá
mi lengua: mas tiemblo á fé.

Blan. ¿Cuál nuestra suerte será?

Bárb. Blanca, en mi padre confío:
él vela por nuestra vida.
Por mas que muestre desvío,
nunca hay hija aborrecida.
Si Roberto quiere impío...

Blan. Pensarlo solo me aterra.
Si la cólera se enciende
del que al mismo César guerra
hacer atrevido emprende:
¿quién nos liberta en la tierra?

Bárb. Dios puede mas que los hombres.

Blan. ¡Le tengo tan ofendido!
De mi temor no te asombres.
Si esto hubiera presumido
mi Cárlos...

Bárb. ¡Ah! no le nombres.
Si nos escucha Roberto
y recuerda en él su agravio,
mi Blanca, tenlo por cierto,
antes que cierres el labio
tal vez á entrambas ha muerto. (*Ruido dentro como de un caballo.*)

Blan. ¡Qué rumor!

Bárb. Calla: escuchemos.

Blan. (*Mirando á la puerta.*)
Un Caballero... ¿no vés?

Conj. 2.º (*Dentro.*) Dicen que aquí.

Emp. (*Dentro.*) Lo veremos.

Bárb. ¡Esa voz...

Blan. La suya es. (*Se oye echar pié á tierra.*)

Bárb. Ya el misterio horrible vemos.

ESCENA X.

EL EMPERADOR. — EL CONJURADO 2.° (*De aldeano.*)
BLANCA. — BÁRBARA.

Emp. (*Al Conjurado en la puerta.*)
¿De qué Santo es esta ermita,
podrás decirme, villano?
Conj. Señor, no sé.
Emp. Mal cristiano.
Conj. No soy de aquí.
Emp. (*Viendo á las damas.*) Quita, quita.
¿Pues cómo aquí, mis Señoras,
tan sin gente, ni escuderos;
y yo por esos senderos
pierdo en buscaros las horas?
Blan. ¡Ah, Señor!
Emp. Leve es la culpa,
aunque estuve inquieto á fé.
(*Bajo á Blanca.*) Mas viéndote, Blanca, sé
que sabrás hallar disculpa.
(*Alto.*) Tal vez á hacer oracion;
pero á qué Santo no entiendo;
pues segun lo que estoy viendo,
no hay aquí gran devocion.
Bárb. Hemos perdido el camino.
Emp. Eso he llegado á pensar;
y viniéndoos á buscar
yo propio he perdido el tino.
Deparóme la fortuna
ese villano que os vió;
y él aquí me encaminó.
Conj. (*Aparte.*) No tiene sospecha alguna.
Blan. (*Bajo al Emperador.*)
¿Y así arriesgais del imperio
la cabeza, mi Señor?
Emp. (*Lo mismo.*) Deponed todo temor:
hay gente en el monasterio.
(*Alto.*) Segura la tierra está,
aunque dicen que hay bandidos.
Bárb. (*Misteriosamente.*) Los hay; y muy atrevidos.

Emp. La ley los castigará.
Blan. ¡Ah! vos no los conoceis!
Bárb. (*Aparte á Blanca.*)
No olvides en donde estamos,
ni que escuchan cuanto hablamos.
Emp. ¿Temblais? ¿y aquí me teneis?
Blan. Estais solo.
Emp. Con mi espada.
(*Bajo á Blanca.*)
Mas ya que esto no es bastante,
ya que el ver aquí á tu amante
no te tenga asegurada:
tranquilícete el saber
que, la caza pretestando,
por venirte acompañando
mis gentes hice traer.
Yo, perdiéndome de intento,
de todos me he separado,
mas en el monte han quedado
que está vecino al Convento.
Blan. Vámonos luego de aquí.
Estais en riesgo evidente.
Bárb. (*Aparte á Blanca.*)
¡Ah! ¿qué dices, imprudente?
Emp. Duéleme veros así.
Vamos, pues, en hora buena.
(*Al Conjurado.*) Tú has de servirnos de guia.
(*A Blanca.*) Seguidme, Señora mia,
de todo temor agena. (*Al salir de la escena el Emperador con las damas de la mano, aparece en la puerta Roberto con la espada desnuda, seguido por el resto de los Conjurados; y el Conjurado 2.° arrojando su disfraz saca tambien su espada. — Las damas retroceden aterradas. — El Emperador vá tranquilamente á colocarse delante de ellas. — Las escenas siguientes, hasta el fin de este acto, deben ejecutarse con suma rapidez.*)

ESCENA XI.

EL EMPERADOR. — BÁRBARA. — BLANCA. — ROBERTO y CONJURADOS.

Bárb. ¡Roberto! ¡Cielos!
Blan. Nuestra ruina es cierta.
Rob. Señor de entrambos mundos, eres mio.
Emp. Esclavos: paso libre á vuestro dueño.
Rob. No hay esclavos aquí.
Emp. Paso, bandidos.
Rob. El Cielo de tus crímenes cansado
encomienda á mi diestra tu castigo.
Emp. (*A las damas.*)
Vamos de aquí: no mas nos detengamos.
Rob. Con vida no saldrás, yo te lo fio. (*Vá á acometer al Emperador.*)
Bárb. (*Deteniéndole.*)
¿Qué vas á hacer, Roberto?
Rob. ¿Qué? — Vengarme.
Blan. (*Poniéndose delante del Emperador.*)
En mí el puñal embotará sus filos.
Blom. (*Dentro.*)
Matadme ó he de entrar, tenedlo cierto.
Bárb. (*Aparte.*)
Es la voz de mi padre: ya respiro.
(*Suena una trompa de caza.*)
Blan. (*Al Emperador.*)
Los de la caza son.
Emp. Yo solo basto.

ESCENA XII.

DICHOS. — BLOMBERG, *abriéndose paso por medio de los Conjurados, y poniéndose delante del Emperador.*

Blom. (*A Roberto.*)
Consuma, desdichado, tu delito
si tanta es tu locura: mas primero
de mi cansada vida corta el hilo.

Emp. (*Separándolo.*)
Anciano generoso, basta, basta:
en Dios eterno, en mi valor confio. (*Vuelve á sonar la trompa mas cerca.*)
Rob. (*A los Conjurados.*)
Es el perseguidor de nuestro culto.
Conjurados. Muera!
Blom. (*Conteniéndolos.*) Matadme á mí.
Conjurados. Muera el impío.
(*En el momento en que Roberto lucha con Blomberg, y á la cabeza de los Conjurados vá á caer sobre el Emperador: Quijada seguido por los Caballeros se precipita sobre ellos, obligándolos á retroceder llenos de terror. — Roberto solo permanece impasible.*)

ESCEÑA XIII.

EL EMPERADOR. — BÁRBARA. — BLANCA. — ROBERTO. — BLOMBERG. — QUIJADA. — CABALLEROS. — CONJURADOS.

Quij. Le encontramos, Caballeros.
Bandidos, rendid las armas.
Emp. (*Envainando.*) Son gentes de estos contornos
que vienen aquí de caza;
sin duda ninguno de ellos
me ha visto nunca la cara.
Tomáronme por bandido,
que diz que abunda la casta.
(*A los Conjurados.*) Idos, amigos, con Dios,
Abridles paso, Quijada.
(*A los Conjurados.*) Y otra vez tened mas cuenta
no os cueste cara la chanza. (*Los Conjurados salen.*)
(*Señalando á Roberto.*) A ese solo desarmadle.
(*Desarman y prenden á Roberto.*)
(*Bárbara vá á hablar.*) Bárbara; ni una palabra.
(*Tendiendo la mano á Blomberg.*)
Anciano, somos amigos.
(*A las damas.*) Seguid, Señoras, mi marcha.
(*Sale de la escena.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon régio.—Puerta en el foro.— Otra de la cámara del Emperador.— Mesa con recado de escribir.— Sillon.

ESCENA PRIMERA.

BLOMBERG.— QUIJADA.

Quij. ¡Cómo! ¿sois vos? aun viéndolo lo dudo.
¿Así del César los decretos burla
con ciega obstinacion vuestra osadía?
Blom. Antes que prosigais, una pregunta:
¿teneis hijos?
Quij. Ninguno por desdicha.
Blom. No puede entonces encontrar escusa
á vuestros ojos la conducta mia;
pero el César es padre por ventura
y él me comprenderá: vos imposible;
no alcanza quien no es padre tanta angustia.
Quij. Blomberg, lo que yo alcanzo fácilmente
es, que del César la clemencia es mucha:
mas se puede acabar, que el hombre, á veces,
hasta del Cielo la clemencia apura.
Cumplir vuestro destino; la Alemania
para siempre dejar conviene en suma.
Blom. ¡Abandonar la patria... y para siempre!
¿qué suerte he de temer aquí mas cruda.
Quij. Una muerte afrentosa.
Blom. No lo ignoro.
Quij. Si para mí las canas os escudan;
si, á mi deber faltando, á que os entregue
al tribunal, mi pecho se rehusa:
lo sabeis: para vos en Ratisbona
no hay seguro lugar ni hora ninguna.
Blom. Mi destino fatal, mi suerte horrible
los veo tal cual son: no se me ocultan:

sobre estas canas míseras contemplo
la sangrienta cuchilla ya desnuda;
y la infamia, Quijada, tambien miro,
con negra mano señalar mi tumba.
Quij. Pues bien, anciano, ¿aquí que te detiene?
Blom. Un lazo aquí mi corazon anuda;
un lazo indestructible: yo soy padre.
Quij. Lo sé, Blomberg; tu hija está segura.
Blom. Como en manos del lobo está el cordero.
Quij. ¡Cómo! ¿esa lengua al bienhechor insulta?
Blom. No: me es testigo el Cielo que no quise
al César, buen Quijada, hacer injuria.
Mas quiero verle, suplicarle quiero
que devuelva mi hija á mi ternura.
A los remotos climas donde parto,
yo sé que ella seguirme no rehusa:
si la tengo conmigo, los vaivenes
podré olvidar de mi fatal fortuna;
y tranquilo esperar que de mis dias
el plazo, breve ya, sus horas cumpla.
Quij. Si ver al César conseguís, aun dudo
que alcanceis esa gracia.
Blom. ¿Y qué, no es justa?
Quij. No sé, Blomberg; ni presagiar conviene
lo que tal vez el mismo César duda.
Resuelto estais á verle: aquí esperadle,
la inmunidad del sitio os asegura;
él solo es dueño aquí de vuestra vida.
Si en mí en dejaros esperar hay culpa,
no quiero examinar: duéleme el veros:
mas que mi riesgo puede vuestra angustia.
Blom. ¡Cuánta bondad!
Quij. Soy noble y castellano.
El herético error que se os imputa
detesto; y con mi lanza y con mi espada
perseguiré á los vuestros en la lucha:
mas no de un infelice á mí me cumple
aumentar implacable la amargura.
Blom. Todos á un Dios servimos, al ungido...
Quij. ¡Hijo de Belial! ¿por qué pronuncias
un nombre que blasfemas? — Basta, basta:
teme que el celo por la fé que injurias,

haciendo que me olvide de tus canas
me haga acordar tan solo de tus culpas.

ESCENA II.

DICHOS y UN PORTERO *del Palacio con un pliego.*

Por. Señor de Villagarcía,
este pliego trajo un posta. (*Dándoselo.*)
Quij. (*Mirando el sobre.*) Al César va dirigido.
(*Al Portero.*) Está bien.
Por. Dice que importa
la brevedad.
Quij. Bueno está.

ESCENA III.

DICHOS, *menos* EL PORTERO.

Quij. Su Magestad sabrá ahora,
Blomberg, que aquí le esperais;
y por si el verle se os logra,
quiero daros un consejo
que no esté quizá de sobra.
Es el César muy cristiano,
poned freno en vuestra boca:
olvidad que sois herege
siquiera por una hora;
y andad con él muy humilde,
que es como Dios, que se goza
en perdonar al que ruega,
y al soberbio le abandona. (*Se dirige á la cámara del Emperador: éste sale de ella.*)



ESCENA IV.

EL EMPERADOR. — BLOMBERG. — QUIJADA.

Emp. (*A Quijada.*) Tanto tardais en venir
que es fuerza que os busque yo.
Quij. (*Saludando.*) Este pliego que llegó. (*Dáselo.*)
(*Aparte.*) Yo no sé como decir...

Emp. (*Sin abrir el pliego.*)
¿Con quién estábais hablando?
Quij. Ese anciano me rogaba...
Emp. (*Reparando en Blomberg.*)
¿Él era quien os hablaba?
Lo dudo y lo estoy mirando.
Blom. (*Arrodillándose.*) Vuestra Magestad perdone,
Señor, á mi loco arrojo.
Emp. (*Volviéndole la espalda.*)
Bien poco temeis mi enojo:
pues temblad que me abandone...
Blom. ¡Ah! no Señor, no hareis tal,
que aunque no en lo poderoso,
tampoco en lo generoso
reconoceis vos igual.
Os vengo á buscar á vos,
aunque sé que os ofendí,
confiado vengo, sí,
como pudiera ante Dios.
Emp. Dios es justo.
Blom. Y es clemente.
Emp. ¿En fin, aquí qué buscais?
Blom. Os suplico que me oigais
un instante solamente.
Emp. ¿Y qué podreis vos decirme
que á disculparos alcance,
de venir á todo trance
tan osado á perseguirme?
Pretendeis, Blomberg, que os crea:
implorais mi compasion:
¡y en prueba de sumision
os venís donde yo os vea!!
¿Olvidais que desterrado
os mandé salir de aquí?
¡Así me pagais, así,
el haberos perdonado!
Blom. Dueño, Señor, de mi suerte
os hizo el Cielo en verdad:
escuchadme por piedad,
y despues dadme la muerte.
Emp. (*Sentándose.*) Y bien decid: pero breve:
y hablad por la vez postrera.

Blom. ¡Ah! que á la tumba siquiera
ese consuelo me lleve.
Emp. Decid, pues, que ya os escucho.
Blom. (*Señalando á Quijada.*)
A vos, Señor, solamente...
Emp. (*A Quijada.*) Dejadnos.
(*A Blomberg.*) Dí brevemente.
(*A Quijada.*) No os tardeis, Quijada, mucho.

ESCENA V.

EL EMPERADOR. — BLOMBERG.

Blom. (*Breve pausa. — Haciendo un esfuerzo.*)
No hay para el noble, Señor,
honrado, bueno, y leal,
una herida mas fatal
que la que toca al honor:
lo confieso con dolor,
pero sin honra me veo:
de recobrarla el deseo
aquí me mueve á venir;
si no la alcanzo, morir
á vuestras plantas preveo.
Soy noble, bien lo sabeis:
soldado fuí cuando mozo,
bajo el casco nació el bozo
donde aquestas canas veis;
no creo lo que creeis;
si es un error mi creencia,
engañóme la conciencia:
por ella proscrito estoy,
y fuera cenizas hoy,
á no ser vuestra clemencia.
A la voluntad de Dios
resignado me someto;
y sin mi honor os prometo
no oyérais mis quejas vos.
(*El Emperador hace un gesto de impaciencia.*)
Voy á acabar: á los dos
la brevedad nos conviene;
y mas, Señor, al que tiene

que tocar su propia herida,
al que de vos muerte ó vida
á recibir se previene.
Muger tuve, honrada y bella,
el Señor se la llevó;
y una hija me dejó
nacida en menguada estrella.

Emp. No tienes que hablarme de ella
que la conozco muy bien.

Blom. Dejéla honrada tambien,
cuando el destino enemigo
á partirme...

Emp. Basta, digo:
la lengua osada detén.

Blom. Imponiéndome silencio,
confirmais mi desventura;
mas en medio á mi amargura
todavía os reverencio.
A no tocar me sentencio
lo que vos quereis callar,
vuestro agravio á perdonar...

Emp. ¿Perdon á mí!

Blom. Sí Señor;
por que hay un Dios vengador
á quien cuenta habeis de dar;
y estas canas á sus ojos
valen por vuestra corona;
y la espada que os abona
no os libra de sus enojos.
Estos caducos despojos
librad del pesado yugo,
entregadlos al verdugo...

Emp. Vos acabar pretendeis
con la paciencia que veis
que al Cielo darme le plugo.
Concluyamos de una vez:
¿qué solicitas, anciano?
Depón el lenguage vano:
olvida ya tu altivez.
Si luchas, no es tuyo el prez;
podrás alcanzar rogando:
de seguir amenazando,

tal vez mi saña despierte,
y me acuerde que soy fuerte
y que me están provocando.
Blom. Un padre os pide su hija.
Emp. Marcha á cumplir tu destierro:
obedecer, ó un encierro.
Blom. ¿Dejaisme, Señor, que elija?
Emp. (*Aparte conmovido.*)
¡Que así su dolor me aflija!
Blom. Haced de mí vuestro gusto:
dándome muerte sois justo,
y desterrándome así,
conservais un hombre en mí
que os ha de acusar de injusto.
Mas nó, no sereis tan duro:
no así á un padre afligireis,
que tambien hijos teneis,
y los amais, es seguro.
Devolvédmela: yo os juro
que, olvidando lo pasado,
no sereis de nadie amado,
como de mí, Gran Señor.
Emp. (*Enternecido.*) Moderad ese dolor
que me tiene traspasado.
A serme, Blomberg, posible
no os marcharais descontento;
pero, decíroslo siento,
daros gusto es imposible.
Blom. Palabra, Señor, terrible.
Emp. Pero cierta, pobre anciano.
Creedlo: no está en mi mano
volveros esa muger.
Blom. ¡No alcanza vuestro poder
y sois dueño y Soberano...!
Emp. Vos, Blomberg, sois protestante:
por dicha, Bárbara, nó:
para no dárosla yó,
aquesta es razon bastante. (*Blomberg vá á hablar, el Emperador se lo impide.*)
Oidme aún, un instante
que la ermita no olvidé
y he de premiaros, á fé,

lo que en aquella ocasion
hicísteis, que en conclusion,
muy grande servicio fué.
Bárbara está en un Convento
de todo insulto al abrigo:
á Dios pongo por testigo
que yo sacarla no intento.
Sé que os han dicho, y lo siento...
mas vale no repetirlo.
A nadie habeis de decirlo,
vuestra hija está inocente;
tal vez podreis brevemente
de su misma boca oirlo. (*Vase el Emperador á su cámara. — Blomberg abismado en sus pensamientos.*)

ESCENA VI.

BLOMBERG. — *Despues* QUIJADA.

Blom. ¿Qué estraño misterio encierra
cuanto acaba de decirme?
¿Si los zelos de Roberto
(¡Infeliz! en hierros gime)
le engañaron?... Si tal vez...
¿Mis conjeturas qué sirven?
Mi hija, pues que de verla
la esperanza me permiten,
puede sola de este arcano
el misterio descubrirme.
(*Sale.*) *Quij.* ¿Y bien? ¿hablásteis al César?
¿Su Magestad qué decide?
Blom. Aquí esperar me mandó
lo que resolver se digne.
Quij. Muy pocas veces es vano
con el César ruego humilde:
esperad con confianza,
que si enojado es terrible
es blando como la cera
al llanto del infelice.
Algunas veces de mas
y desengaños recibe:
mas los olvida muy presto

y su esceso no corrige.
Blom. No es esta la vez primera
que á mí su bondad insigne
en la tormenta que corro
de amparo y puerto me sirve;
y ya que de otra manera
pagarla no me es posible,
mi gratitud, os lo juro,
durará mientras respire.
Quij. Así cumple el hombre honrado
que beneficios recibe.
Blom. Vos al César buscareis,
será bien que me retire.
Quij. Mirad que solo en Palacio
seguro un proscrito vive.
Blom. No temais, Señor Quijada,
que el proscrito se deslice.
Quij. No os ofendais: en pró vuestra
mi consejo se repite.
Blom. Os digo que lo agradezco;
y no hay miedo que lo olvide.

ESCENA VII.

QUIJADA.

Orgullosa es esta gente
que al falso Lutero sirve:
al yugo de mala gana
el erguido cuello rinde.
El César con su clemencia
los alienta y los engríe:
si hiciera lo que en España,
anduvieran mas humildes;
á fé, que del tribunal
del santo oficio no rien.

ESCENA VIII.

EL EMPERADOR *con un pliego abierto en la mano.* — QUIJADA.

Emp. Haced que el mejor caballo
de los mios os ensillen;
y partid á rienda suelta
al monasterio en que viven
Blanca y Bárbara. — ¿Entendeis?
Cercana una choza humilde
hallareis de unos pastores:
les dareis dos mil florines;
y recogereis un niño
que es fuerza que se bautice
con secreto.
Quij. ¿Y con cual nombre?
Emp. El de Juan. — Cuenta que os dije
que ha de ser con gran secreto.
Quij. ¿Y quereis que se apellide...?
Emp. Podeis ponerle... Quijada:
que aunque es apellido insigne,
tal vez un dia le trueque
por otro que mas estime.
Quij. ¿Y dónde mandais, Señor,
que á *su Alteza* se retire?
Emp. (*Sonriéndose.*) Los Quijadas, aunque nobles,
no sé si *Alteza* reciben. (*Quijada saluda.*)
Ese niño en un lugar
por cuenta vuestra se crie:
mas tarde yo dispondré.
Partid ya.
Quij. ¿Don Juan dijisteis;
y por apellido el mio?
Emp. Así es.
Quij. (*Arrodillase.*) Pues permitidme
que fiel os bese los pies
quien tanta merced recibe.
Emp. (*Levantándole con cariño.*)
¿A quién, sino á vos, quereis
que mi tesoro confie?

Quij. Mientras viviere Quijada,
él será quien le vigile.
Emp. Andad: no perdais el tiempo,
que aún no es cristiano.
Quij. Ya os sirve
mi obediencia.
Emp. A Dios, Quijada;
el Cielo propicio os guie. (*El Emperador se sienta. — Bárbara aparece en la puerta al salir Quijada. — Este asombrado. — Ella confusa.*)
Quij. ¡Qué es lo que miran mis ojos!
Me parece un imposible. (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL EMPERADOR. — BÁRBARA *con manto.*

Bárb. (*Aparte.*)
Ya estoy en su presencia: lo anhelaba,
y tiemblo ahora provocar su enojo. (*Vá á ponerse de rodillas ante el Emperador.*)
Señor: á vuestras plantas...
Emp. (*Sorprendido y con disgusto.*) ¡Es posible!
¿Pues vos en Ratisbona, á qué...
Bárb. Conozco...
Emp. Mi sobrada indulgencia; y yo os prometo,
de hoy mas, poner á mis bondades coto.
¡Venís sin duda con perjurio infame,
en un instante de arrebato loco
á destruir á Blanca, y mi secreto
á revelar y mi flaqueza á todos!
Os engañais, Señora: duro freno
sabré poner al temerario arrojo.
Aun os queda un instante: aprovechadlo:
volved al monasterio presto, ó voto...
Bárb. ¡Ah, no jureis, Señor, sin escucharme!
Un solo instante de piedad imploro...
Emp. ¿Piedad podeis pedir? ¿por quién, Señora?
Si es vuestro padre: bien, yo le perdono;
pero marchad y presto: sin que os vean;
que si os llegan á ver ya no respondo
de mi propio furor. Ya os habrán visto

tal vez cien cortesanos.

Bárb. Uno solo.

Emp. ¿Y dónde?

Bárb. Aquí.

Emp. ¿Quién era?

Bárb. Fué Quijada.

Emp. ¡Ah! quien se fia en la muger es loco.

Bárb. No lo creais, Señor: vuestro secreto
guardado está del pecho en lo mas hondo.
A nadie, á nadie reveló mi labio
lo que juré callar: fiel á mi voto
ni al amante, Señor, ni al padre anciano
otra disculpa he dado que mi lloro.

Emp. ¿Y qué importó callar si se publica
mi secreto con veros?

Bárb. Yo os respondo
que nadie mas me vió...

Emp. Si os escuchára
probárais que son ciegos aquí todos.
Marchad, torno á decir, al monasterio:
no mas os vuelva á ver ante mis ojos.

Bárb. Pluguiera á Dios que nunca me mirasen
en momento fatal á mi reposo.

Emp. ¿Os olvidais, Señora...?

Bárb. No me olvido
que hablando estoy con quien ocupa un trono:
¿mas qué puede temer de vuestra saña
quien de sus males ha llegado al colmo?
Objeto soy del odio de mi padre,
y de su ilustre sangre soy desdoro:
un amante tenia, le adoraba...
y le perdí tambien. — ¿Qué miro en torno?
Horfandad y vergüenza en lo presente:
en lo futuro... un nombre ignominioso.

Emp. (*Reprimiéndose.*)
Pésame del dolor en que os contemplo;
y en gracia dél la cólera os perdono:
Mas ya, Bárbara, es tarde: á vuestros males
remedio en lo posible no conozco.
Perdon á vuestro padre he concedido;
cuanto alcance el poder y compre el oro
eso por vos haré: mas idos presto.

Bárb. Sin una gracia no.
Emp. Pedidla pronto.
Perder á Blanca sin provecho alguno
fruto amargo será de vuestro arrojo.
Bárb. Tuve un amante yo...
Emp. Me lo habeis dicho.
Bárb. Valiente, fiel, constante, generoso:
yo era, Señor, el alma de su vida;
nadie jamas amó como nosotros.
Emp. ¿Qué teneis que pedirme? Si vinieran...
Bárb. Los altos juicios de aquel Dios que adoro
quisieron, que cegando el desdichado
cediese de Lutero al torpe ídolo;
y mi padre tambien. Desde aquel dia
el llanto no se aparta de mis ojos.
Emp. ¡Tambien herege! ¿y vos...?
Bárb. ¡Yo! nunca, nunca;
que Dios me ha protegido en mi abandono.
Emp. Pero en fin, esa gracia. Brevemente.
Bárb. ¿Aun no me comprendeis? Ciego, zeloso
de vos mi amante, no en su furia insana
el claro brillo respetó del trono;
y osó atentar... inútil es que acabe:
sabeis quien es mi amante y no le nombro.
Emp. ¡Roberto! ¿ese bandido á quien dos veces
debió mi saña convertir en polvo?
Bárb. Sí Señor; y su gracia...
Emp. Al que combate
mi poder como bueno, le perdono;
mas no al malvado que á mi vida atenta
con oculto puñal con torpe modo.
Olvidar á ese mísero os conviene:
no fuera un asesino; honrado esposo.
Bárb. Soy católica yo: no puede serlo.
Mas perdonad, Señor...
Emp. Nunca á ese mónstruo.
Bárb. ¡Morir en un suplicio!... Perdonadle:
viva, y que vaya á climas tan remotos
que no podais temer...
Emp. ¿Qué estais diciendo?
Apenas sé si temo al Dios que adoro.
Él me perdone: que no sé que digo.

Su vida piden la justicia, el trono:
un tribunal le juzga.
Bárb. Y le condena.
Emp. Dios al juzgarle mírele piadoso.
Bárb. No olvidareis que soy una infelice,
que por vos ha perdido hasta el decoro;
que puedo hablar y callo; que inocente
sufro la pena que debieran otros.
Que á mi padre tal vez debeis la vida...
Emp. Mil veces ya me lo dijisteis todo.
Bárb. Y otras mil lo diré. — Y el sin ventura
á quien airado apellidásteis mónstruo,
por mí su crímen cometió, creyendo
que fuí perjura á mis primeros votos.
Vos al abismo le llevais... ¿qué digo?
Yo no os quiero injuriar. — Sed generoso.
Por el tierno querer de vuestra madre...
(*Arrodillándose.*)
Mirad, á vuestras plantas ya me postro:
así del tierno infante que os dió el Cielo...
Emp. (*Levantándola.*)
Callad, Señora.
Bárb. Por su vida imploro
una vida tambien; por vuestro hijo!
Emp. Callad.
Bárb. ¿La concedeis?
Emp. Sí, le perdono:
que por la vida dél diera la mia.
Mas escuchad la condicion que pongo: (*Breve pausa. — Despues resuelto.*)
Entrad en esa cámara, Señora:
en breve os buscaré: sabréislo todo. (*Bárbara entra en la cámara del Emperador. Este cierra y se dirige á la puerta del foro.*)

ESCENA X.

EL EMPERADOR. — UN PORTERO *que no habla.*

Emp. ¡Ola! pronto acudid. — (*Sale el Portero.*)
Venga ese anciano
que esperándome está: téngase pronto

el cabo de mi guarda con su gente
á recibir mis órdenes. Vos solo
vendreis á recibirlas, si llamáre:
y nadie mas. Que me entendeis supongo.
Marchad. (*Váse el Portero, el Emperador se sienta y escribe.*)
Por vida suya quién se niega?
Conceder lo que pide es ya forzoso. (*El Emperador acaba de escribir y cierra el pliego.*)

ESCENA XI.

EL EMPERADOR. — BLOMBERG. — EL PORTERO.

Emp. (*Dándole el pliego al Portero.*)
Este dad al de mi guarda;
y cuenta con lo que os dije. (*Váse el Portero.*)
(*A Blomberg.*) ¿Hora, Blomberg, qué os aflige?
¿es mi promesa que tarda?
Sabed que nunca faltó
lo que una vez prometí.
Blom. De que no suceda así
ningun temor me asaltó.
Emp. Pláceme tal confianza,
que he de pagar con usura.
Blom. Daréis fin á mi amargura.
Emp. Voy á cumplir tu esperanza.
Soldado, si no me engaño,
dijiste que cuando mozo...
Blom. En recordarlo me gozo.
Emp. Entonces no temo daño. (*Saca la espada con su vaina del cinturon y presenta el puño á Blomberg.*)
Jura en la cruz de esta espada... (*Retira la espada y la deja sobre la mesa.*)
(*Aparte.*) La cruz á un herege es vano:
con que la toque su mano
la tengo por profanada.
(*A Blomberg.*) Tu palabra has de empeñarme
á fé de noble y guerrero,
como honrado y caballero
de mi secreto guardarme.

Blom. (*Con la mano sobre el corazon.*)
Como bueno lo prometo.
Emp. (*Alargando su mano.*) La mano.
Blom. (*Dándosela.*) Tomad, Señor.
Emp. Depositaré en tu honor
la guarda de mi secreto. (*Suéltale la mano.*)
Está Bárbara inocente;
culpada se confesó;
el por qué me lo sé yó,
ella y otra solamente.
Alta virtud la dirige:
esto baste revelar.
Lo que yo debo callar
fácilmente se colige.
Blom. Bien haya quien así labra
de los suyos la ventura.
Mas ¿qué prueba de que es pura?
Emp. Una y sobra: mi palabra.
Blom. Y yo me doy por contento
aunque es, Señor, cosa estraña.
Emp. Veré si te desengaña
aquesta prueba entre ciento, (*Dándole el pliego que conserva abierto en la mano.*)
que pues de mí te has fiado
no he de quedarme yo atrás.
Blom. (*A un lado, mirando al pliego.*)
No lo creyera jamás
á no verlo aquí estampado;
pero es su letra: no hay duda
es de Blanca este papel.
(*Leyendo*) «*Teneis un hijo*" (*Representa.*)
¡la infiel!
¡Y con Bárbara se escuda!
(*Leyendo.*) «*Teneis un hijo, Señor:*
nunca ha de ver á su madre:
Recordad que sois su padre;
y que me cuesta el honor."
(*Representa.*) Sin firma... mas de su mano
escrito está: no hay dudar... (*Devolviendo el pliego al Emperador y besándole la mano.*)
Gran Señor...
Emp. ¿Sabrás callar?

Blom. Lo prometo.
Emp. Espera, anciano. (*El Emperador vá á su cámara y saca á Bárbara de la mano.*)

ESCENA VIII.

EL EMPERADOR. — BÁRBARA. — BLOMBERG.

Bárb. ¡Padre mio! ¡qué ventura!
Blom. (*Abrazándola.*) ¡Hija del alma! hija mia!
Emp. (*Aparte.*) Ya sus penas olvidaron.
Blom. Al autor de nuestra dicha,
ven, le daremos las gracias. (*Bárbara quiere arrodillarse.*)
Emp. (*Impidiéndoselo.*)
Aun mis promesas cumplidas
no están, Señora: mas tarde...
Bárb. (*Insistiendo.*) ¡Ah Señor!
Emp. Ya estais prolija.
(*Rumor de pasos.*) (*Aparte.*)
Ya están aquí: no descanso
si este asunto no termina.

ESCENA ULTIMA.

EL EMPERADOR. — BÁRBARA. — BLOMBERG. — ROBERTO. (*El último sin armas, pálido, y pudiendo apenas sostenerse, conducido por la guardia que se retira á una seña del Emperador.*)

Rob. (*Viendo á los tres separa la vista, y para sostenerse se apoya en el respaldo del sillon del Emperador.*)
¡Prostitucion infame! ¡incomprensible!
Blom. ¡Él aquí, justo Dios!
Bárb. ¡Cómo! Roberto!
Emp. ¿Sois vos el campeon del Regicidio?
¿Aquel que abriga el colosal intento
de trastornar con su pujante brazo
en solo un punto religion é imperio?
¿Sois vos? ¿tan abatido? ¡tan sin lengua?
Vive Dios que lo miro y no lo creo!
Rob. ¿Piensas tener la víctima segura...!
De otra manera lo ha ordenado el Cielo.

Bárb. (*Intentando tomarle la mano que él retira.*)
Te engañas: tu perdon me ha concedido.
Rob. (*Sin mirarla.*)
Yo su perdon no he menester, ni quiero.
Blom. (*Al Emperador.*)
No le escucheis, Señor, en su extravío.
Emp. Ya le conozco bien y le desprecio.
A perdonarle no por él me allano;
sino por vuestra hija.
Rob. (*A Blomberg.*) ¿A tal extremo
llega, Blomberg, tu infamia que eso escuchas?
Bárb. (*A Roberto.*)
Tén de mí compasion: guarda silencio.
Emp. (*A Bárbara.*)
Dejadle hablar que me hallará impasible.
(*A Roberto.*) Escúchame: de Bárbara á los ruegos
concedí tu perdon. Morir debias
hoy á la vista aquí de todo un pueblo:
tu cabeza, del cuerpo separada,
sirviera, acaso, á algunos de escarmiento.
Pero quiero que vivas: ya estás libre;
y aquí puedes vivir, no te destierro,
que el que ha osado atentar contra mi vida
no ha de pensar, por Cristo, que le temo.
Rob. (*Desfallecido y con amargura.*)
¡Ya no soy yo temible!
Emp. Como nunca
lo has sido para mí: tenlo por cierto.
Mas he de hacer: y no por tí; por ella,
que debo á su virtud un alto premio;
que es decirte que es Bárbara inocente,
y cuando yo lo digo, sobra, creo.
(*Roberto, moribundo, se arroja en el sillon del Emperador.—Bárbara y Blomberg se le acercan.—El Emperador lo contempla con lástima.*)
Rob. ¡Ah! si fuera verdad... fatal destino!
Barb. Sí; que es verdad te juro, mi Roberto!
Blom. (*A Roberto.*)
Yo lo juro tambien; y soy su padre.
Rob. Callad, callad, ¡se dá mayor tormento!
Emp. (*Conmovido y con dignidad.*)
Tambien lo juro yo. Propios y extraños

saben que mas que Rey, soy Caballero.

Rob. (*Conmovido.*)

Y yo tambien, que al cabo me has vencido
en nobleza y valor: te lo confieso;
y tengo á esta infeliz por inocente,
aunque el cómo en verdad no lo comprendo;
pero nací á penar, tarde se ha roto
de mi funesta ceguedad el velo!

Bárb. ¡Ah, nunca es tarde, nunca!

Rob. ¿Me perdonas?
Eso puede endulzar estos momentos
de mi horrible agonía!

Bárb. ¿Qué me dices?

Rob. (*Con desesperacion.*)
Corre en mis venas matador veneno.

Bárb. Piedad de mí!!!

Blom. ¡Qué horror!

Emp. ¡Un suicidio!

Rob. Pendiente la cuchilla sobre el cuello
quise evitar el golpe...

Emp. A Dios implora:
tiembla el castigo que te espera eterno.

Rob. Dame tu mano, Emperador. * —Venciste.
Siento morir, porque pagar no puedo
tu generoro proceder conmigo.
Adios, Bárbara, adios: ruégale al Cielo
que perdone mi crímen. —Y tú, anciano,
tu bendicion me dá. ¡Gran Dios! —Fallezco!
(*Roberto espira.* —*Cuadro.*)

Emp. ¿Sin tu auxilio, Señor, que son del hombre
el valor y el saber? — Son humo y viento.

* (*El Emperador se la dá, él la estrecha.*)

FIN.

Se halla de venta en Madrid en la librería de Escamilla, *calle de Carretas, y en las principales del reino.*



